



52

15.00

Je ne fay rien
sans
Gayeté

(Montaigne, Des livres)

Ex Libris
José Mindlin

MEMORIA

SOBRE

LA CALENTURA AMARILLA

DE LAS

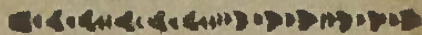
AMÉRICAS.

POR LOS DOCTORES

PIGUILLÉM HERMANOS. REVERT.

LOPEZ. RIERA. CANO.

Riera



CON LICENCIA.

BARCELONA. POR LA COMPAÑÍA DE JORDI, ROCA,
Y GASPAR. AÑO 1804.

LA - CANTONIERA - ALABAMA

DEPT. OF THE INTERIOR

A M E R I C A

FOR THE DEPARTMENT OF THE INTERIOR

UNITED STATES GEOLOGICAL SURVEY
WASHINGTON, D. C.

CON. 1894

Barometer height 5000 ft. above sea level
Temperature 50° F.

DESCRIPCION DE LA FIEBRE AMARILLA, por Revert.

La fiebre amarilla ó pagiza es conocida de los Españoles por este nombre, porque frecuentemente tiñe de amarillo toda la piel de los que la padecen, y por vómito prieto porque estos arrojan con violencia por la boca una bile negruzca. Los Franceses la llaman *maladie de Siam* porque se padece mucho en Siam region de la India Oriental, y por fiebre de la *matelotte*, que los marineros la comunican con frecuencia á muchos Pueblos. Los Americanos é Ingleses por la referida condicion del vómito la dan el nombre de *Black vomiting*. Powlei la nombra *Putrida-biliosa*: Makittrick *Calentura maligna amarilla de la India Occidental*: Moltrie *fiebre maligna biliosa de la América*; Bruce y Lind *calentura amarilla putrida*: Sauvages *tiphus-icterodes*: Pinel *fiebre maligna ó ataxica contagiosa*: Hillary y otros *calentura maligna amarilla de las Américas*; á más de los Autores citados han visto y tratado esta fiebre los Médicos Carrey, Gilbert, Valentin, Balmis, William, Linning, Isac Cathrall y otros.

Para dar una verdadera idea de lo que es y del modo con que perturba toda la economía animal del que la padece, me propongo considerarla baxo tres estados, el primero de invasion, quando el hombre herido ya de las pri-

meras impresiones de la enfermedad, se resiente de una desazon y trastorno en toda su constitucion; el segundo de irritacion quando determinada sobre algunos órganos principales sufre el enfermo unos violentísimos accidentes: y el tercero de septicismo por el desórden y confusion que produce en todas las funciones de la vida con que se desorganizan las visceras principales, se alteran, disuelven, y se descomponen los humores, y muchas veces sobreviene la muerte.

Comparando el número y gravedad de los síntomas correspondientes á cada estado, con los fenómenos, que la mayor ó menor energía de la vida manifieste, presentaré las señales, que declararan la suerte que puede caber al enfermo de curacion ó de muerte: y tambien daré un pequeño bosquejo de la alteracion de las entrañas y humores que han observado algunos Autores en la diseccion de los cadáveres de aquellos que murieron de la amarilla.

Por último entresacando de tantos síntomas graves que acompañan dicha fiebre los mas inseparables, y sobresalientes daré con pocos renglones su diagnóstico completo: y añadiré una breve descripcion de la peste Oriental, y de la fiebre putrida simple para distinguirla de unas enfermedades con que inmediatamente confina.

Las primeras impresiones de la fiebre amarilla se manifiestan con lasitud de todo el cuerpo sin haber precedido un trabajo correspondiente; con

diminucion notable de fuerzas , falta de apetito , aversion á determinados manjares y mas particularmente á los de carne , con tristeza , congoja , falta de espíritu , dolores en varias partes , y en especial en las extremidades , y en sus articulaciones ; sigue una inaccion por qualquier ligero movimiento , cabeza pesada , calos frios , pulso febril , y unos vahidos mas ó menos freqüentes que les aturden.

Por mas que muchos de estos síntomas sean comunes á todas las enfermedades , la reunion de algunos que aqui se ven , es propia de una afeccion considerable , porque justamente atacan al sistema del movimiento y sentidos , de que se trasluce su mala naturaleza , y no queda duda de que la enfermedad á pocos dias será maligna si se manifiestan con alguna intensidad.

Sobrevienen luego otros males que rinden la constitucion y alteran visiblemente la fisonomía de los enfermos , tales son una pena grande en la boca superior del estómago , cerrado el vientre , dolor de cabeza violento y fixo en las sienes y orbitas de los ojos , rubor de los parpados que se extiende hasta la tunica conjuntiva , inquietud interior sin otra causa que la fiebre , y conatos de provocar.

Á esto se reduce el primer estado : quando la fiebre procede con regularidad , durados ó tres dias , cuyo espacio alguna vez pasan los enfermos con tal remision , que casi sin advertirlo entran en el segundo es-

tado, quando en otras ocasiones estando la epidemia ó contagio en su mayor vigor sufren en este corto tiempo todo el rigor de los síntomas propios del segundo y del tercero, muriendo algunos dentro las treinta y seis ó cuarenta y ocho horas de la invasion.

Siempre que en este primer estado entre los accidentes regulares, y comunes aparecen algunos graves y malignos como petequias, delirio, vómito de humores podridos, convulsiones é hipo, corre la fiebre con precipitacion á su mayor aumento, y termina infaliblemente con la muerte: pero quando los síntomas que siguen dos ó tres dias no producen mayor trastorno ni lesion grave de las funciones principales, prosiguen los enfermos padeciendo mucho en los sucesivos estados, con confianza muy fundada de una feliz terminacion y siempre que una displicencia interior constituye solamente todo aquel primer tiempo, la calentura pasa prontamente, y con felicidad.

El particular juicio que debe formarse sobre el mayor ó menor riesgo de este período, consiste en que quando el afecto febril es muy considerable como lo manifiesta el violento dolor de cabeza, y del espinazo, el mayor encendimiento de la cara y ojos con las facciones visiblemente desencajadas, la náusea y el vómito con un sentimiento universal de desazon particularmente en los miembros, peligran mucho los enfermos. Asimismo una respiracion preternatural y acelerada con penosos suspiros y suma opre-

sion precordial desde el principio junto con inquietud, entendimiento trastornado, ánimo postrado con el terror de una inminente resolución, debilidad de fuerzas, grandes delirios despues de administrada alguna sangría, ó de haber tomado algun pediluvio, constituyen una señal muy siniestra.

Algunos Autores consideran la aparición del tinte amarillo de los ojos y de la piel en este primer estado como una circunstancia meramente accidental, otros como una señal cierta de la crisis de la fiebre, pero muchos la reconocen por un síntoma sospechoso que rara vez dexa de preceder violentos accidentes. Es inevitable la muerte si se aumentan mucho las náuseas, las anxiedades, y aparece el vómito de humores oscuros ó de color de café, cuya terminacion funesta acontece en el quarto ó quinto dia, en algunos casos se prolonga hasta el duodécimo, vigesimo quarto, y vigesimo quinto, esta prórroga de la muerte han observado algunos Prácticos en los enfermos que se hallaban con la salvacion por haber tomado por otra enfermedad una cantidad suficiente de los *calomelanos*, cuya evacuacion probablemente prolongó sus dias.

Quando en el primer estado no comparecen los vómitos, suspiros, ni la amarillez de ojos, y juntamente los síntomas propios afligen con moderacion, se puede formar un pronóstico favorable, y con mucho mas fundamento si sobreviene una hemorragia

por las naríces con pupas en los labios, ó una tozecilla con espectoracion de fleemas amarillas, y lo mejor un sudor general, caliente y copioso con remision de todo accidente, y recobro de las fuerzas.

El estado de irritacion que constituye el segundo período de la fiebre se verifica en el tercero ó quarto dia de su invasion con el aumento de los síntomas correspondientes al primer estadio y con el refuerzo de otros que de nuevo aparecen. Y así la pesadéz de cabeza se transforma en una verdadera cefalalgia que ocupa toda la frente, y traspasa interiormente de una á otra sien con tanta violencia, que los enfermos la comparan á la sensacion cruel que produce un muelle de hierro apretado con mucha fuerza sobre las mismas partes. El rubor de la conjuntiva y de los parpados se aumenta y se difunde por toda la cara, y luego se cambia en amarilléz, y la luz les hace una impresion molesta é insufrible.

Los dolores redoblan su violencia, se internan en los huesos, y se extienden por todo el cuerpo especialmente en los lomos. La pena de la boca superior del estómago se convierte en dolor de todo epigástrico que se aumenta con la mas ligera compression, y perturba sensiblemente la respiracion, las náuseas degeneran en vómitos violentos de humores biliosos, amarillos, verdes y muy amargos, una irritacion viva y dolorosa ocupa todo el cuerpo

Uno de los síntomas mas notables es la repentina y grande postracion de fuerzas, que es comun á los que enferman con mucha moderacion y convalecen, así como á los que mueren, acompaña todos los períodos de la enfermedad con su aumento proporcional y diariamente se hace mas precario y temible de tal suerte que alguna vez los enfermos no pueden mover su cuerpo rendido, ni levantar el pié, ni menear la cabeza, en cuya consideracion es un síntoma de los mas esenciales de esta fiebre.

Á unos ligeros calos frios y de corta duracion, sucede un calor mordáz sentido por los enfermos en lo interior del cuerpo con la misma ingratitude que se percibe con el tacto, alternan tambien el calor y frio con mucha viveza y é irregularidad, mientras dura el frio los pulsos son débiles concentrados y algunas veces tardos, el vómito no tan fuerte pero mas ansioso, la cardialgia insufrible, luego que entra el calor el pulso se manifiesta febril y fuerte, las arterias temporales arquean visiblemente, y el dolor de cabeza es mas intenso.

Los enfermos permanecen en este estado tres ó quatro dias observandose una visible remision por la mañana, pero quando no tienen la felicidad de mejorar su suerte entra en un nuevo órden de síntomas con que se aumenta el mal, el aliento es fétido, la lengua seca y con bandas blanquecinas, la respiracion laboriosa y con suspiros, los vó-

mitos les atormentan con tenacidad, los hipocondrios se hinchan con dolor, undulan los flatos, y terminan con deyecciones biliosas muy hediondas, persiste el vómito, se figura el cruel síntoma de *colera morbus*: la sed es inextinguible, las orinas aquosas y sin sedimento, ó cargadas y fétidas, y algunas veces suprimidas. Luego que dichos síntomas se fixan por algun tiempo y resisten á toda la fuerza de la vida y de los remedios administrados, se difunde la confusion y desorden por toda la economía animal, y nacen nuevos malignos accidentes que constituyen el tercer período de la fiebre que es el estado de septicismo.

Las esperanzas de convalescencia que se pueden concebir en el segundo estado, consisten en la elevacion del pulso, en la diffusion del calor natural por todos los miembros, en la humedad de la lengua limpiándose desde el medio y punta hácia sus bordes, en las evacuaciones biliosas por cámara ó por orinas, con remision constante de los síntomas, ereccion de fuerzas y en la desaparicion de abcesos en diferentes partes del cuerpo. Advertido que no uno ú otro de estos fenómenos basta para pronosticar favorablemente, se requiere la reunion y constancia de muchos, con la que solamente se logra la remision de los dolores, la cesacion del vómito, la resolucion de las petequias, el alivio, y por último la salud.

Pero al contrario, la supresion de las ori-

nas suele ser siempre un síntoma mortal, así como la complicación de los accidentes peculiares al tercer estado que voy á describir.

Presenta este período una horrorosa escena y se puede considerar como una forma mas confusa de los síntomas de la última parte del segundo estado y de otros peores: empieza desde el dia sexto hasta el octavo de la enfermedad con delirios quietos, con convulsión de tendones y otras partes, hipo, y vómito de una bile negra, ó de sangre pura, y algunas veces con una mezcla de estos dos humores que despiden un feto pestilencial, el vientre se suelta con deyecciones de la misma condicion. La sangre disuelta y corrompida brota por las narices, boca, encías, uretra, en algunos enfermos por los ojos y hasta por la misma piel figurando un sudor sanguinolento, en las mugeres por el útero y vagina cuya evacuación por mas que se haga en el tiempo en que corresponden los meses, no disminuye el peligro.

Las extremidades se cubren de petequias amoratadas, toda la piel se tiñe de un color obscuro y á veces amarillo, el vientre meteorizado, las orinas se suprimen, las evacuaciones se hacen involuntariamente. Los enfermos sin fuerzas y con los miembros esparramados en algunas ocasiones se revolcan de uno á otro lado, el pulso es intermitente, débil, y casi imperceptible, el delirio degenera en azorramiento interrumpido con muchas convulsiones, un sudor frio y viscoso ocupa todo el cuerpo,

los ojos son feos, convulsos y entreabiertos, los dientes rechinan, la boca abierta arroja una espuma de color de café, el pecho está elevado, la respiracion convulsa, intermitente, pequeña, llega en muchos la muerte.

En la diseccion de los cadáveres han observado los Profesores la cavidad del vientre alterada mas notablemente que las demas. Catrall halló todo el cerebro en su estado natural, otros han encontrado algunos derrames serosos y sanguinolentos, él mismo vió las visceras del pecho perfectamente sanas, no obstante de tener la sangre del corazon y de las venas la misma consistencia que la de los que mueren heridos por el rayo: el estómago y principio del duodeno fueron las partes que halló mas afectadas en dos personas que murieron al quinto dia de la fiebre, la membrana félpuda del estómago estaba inflamada y con especialidad cerca de su pequeña corbadura. La inflamacion se extendia algun poco desde el piloro al duodeno y aun mas adelante: en cuyas partes era exâctamente semejante á la inflamacion que producen en el estómago los venenos acres como el arsénico, segun tuvo ocasion de observarlo el Autor en una persona que murió por haber tomado este veneno. La bilis de la vegiguilla de la hiel conservaba enteramente su color natural, aunque muy viscosa.

Otros Profesores en varios enfermos que murieron de la misma fiebre á mas de las referidas degeneraciones han encontrado el higado, vegiguilla de la hiel, y vegiga urinaria infla-

mado así, como mucha porción de los intestinos y mesenterio, las venas de estas partes varicosas de una sangre disuelta y negra, y una buena porción de bilis obscura y corrompida dentro de la vena porta, y vegiguilla de la hiel, y en las cavidades del estómago é intestinos.

Nada he dicho del pronóstico que se debe formar en el tercer período de la fiebre, porque apenas hay un enfermo que prometa la menor vizlumbre de esperanza. Con todo sucede muchas veces que con los síntomas mas terribles de congoja, amarillez, vómito negro, úlceras amoratadas de la boca, fluxos de sangre, lengua seca y otros semejantes, como los enfermos no tengan los pulsos notablemente débiles ni intermitentes, recobran su salud, lo que sucede ordinariamente en el nono ó decimo dia de la enfermedad, vigorandose las fuerzas, calmando el vómito con la detencion de las hemorragias y con la regulacion gradual y constante de las demas funciones.

Por último no hay que fiar en otra apariencia de mejoría que en este mismo período algunas veces se presenta, que quando los enfermos están sin algun dolor, sin delirio perceptible, sin convulsion ni sed, soltando y arrojando unos humores podridos con pulso imperceptible, porque todo esto arguye el mayor grado de septicismo que cabe en un cuerpo vivo.

Exâminando con atencion todas las alteraciones que se desarrolla en los enfermos de

la fiebre amarilla, se ve que todo el sistema nervioso es el que primeramente se resiente, su lesion crece gradualmente, y fixandose luego en las visceras contenidas en el epigástro y despues en las demas de la cavidad abdominal, trastorna su organizacion y corrompe los humores que ellas engendran, con este auxilio difunde su morbosa impresion por todo el resto de la economía animal, de donde se origina la disolucion casi general de todos los humores, y la suma postracion de fuerzas. Por lo que, la impresion fuerte en los órganos del epigástro, el grande abatimiento de fuerzas, la produccion biliosa exáltada, y la general degeneracion putrida de casi todos los humores son los caractéres que abiertamente dan á conocer la fiebre amarilla, y los mismos justamente la denominan una calentura maligna bilioso-putrida.

Para manifestar de un golpe la diferencia de aproximacion que tiene la amarilla con la fiebre putrida simple, y con la peste oriental, concluiré con las descripciones siguientes notadas en la Nosografía del sábio Pinel.

En Italia en los años de 1505, y 1528 observó Fracastorio una epidémia de fiebres putridas que despues de manifestarse con síntomas ligeros en los primeros dias de la enfermedad, padecian los enfermos lasitud, disminucion grande de fuerzas, pesadéz de cabeza, tenian turbados los sentidos, el calor no muy fuerte, desde el quarto hasta el septimo dia les comparecia un ligero delirio y petequias

coloradas semejantes á la picadura de las pulgas, y otras veces un poco mas grandes, no tenian sed, la lengua sucia, las orinas eran ó coloradas, ó aquosas, las evacuaciones fétidas, azorramiento, ó vigiliias ya persistentes, ya con alteracion. Los síntomas que daban rezelos de una terminacion funesta eran los deliquios, retencion de orinas, la diárrea que se movia con medicamentos los mas ligeros, la penosa erupcion de las petequias, así como su retroceso, ó su calor amaratado, ningun alivio despues de las evacuaciones, de modo que observó el autor morir algunos enfermos despues de una hemorragia por las narices. La enfermedad seguia catorce y aun mas dias, y su terminacion mas feliz se lograba con un copioso sudor.

Por la analisis de los síntomas principales de esta fiebre se manifiesta abiertamente que el sistema nervioso padeció mucho. pero que no se fixó con preferencia su lesion en algun órgano principal, y aunque los humores sufrieron una alternacion muy considerable, no llegaron con todo á degenerar absolutamente, como lo prueba la terminacion feliz por sudor que acontecia a los catorce dias de la enfermedad. Cotejando este resultado con el sumario que he hecho de los principales síntomas de la amarilla, desde luego aparece su aproximacion con la fiebre putrida simple por la lesion grande de los nervios, y por la degeneracion visible de los humores que observó Fracastorio en esta calentura, y la diferencia de

la misma , por la fixâcion muy repentina, cruel y permanente que hace en la amarilla la lesion del sistema nervioso sobre los órganos del epigástrico , y por la suma putridez y resolucion de los humores , que jamas ó rarísima vez permitió su crisis por sudor pasado el primer septenario.

La historia de la peste oriental que asoló la Ciudad de Atenas , y toda la Atica en el segundo año de la guerra Peloponense , originada de la Etiopia , como asegura el célebre Tucídides , que la describió muy exâctamente , con los horrorosos accidentes con que casi generalmente y con la mayor prontitud mató á tantas personas , manifiestamente demuestra quanto se distingue esta mortífera enfermedad de nuestra fiebre.

Consistian sus principales síntomas en un vivísimo calor de cabeza , los ojos de los enfermos estaban rubios y centelleaban , un ardor muy cruel les quemaba todas las fauces , padecian una tos continua , toda su piel estaba rubia , amoratada , ó negra , cubierta de apostemas carbunculosos , su sed era inextinguible , y freqüentemente se les gangrenaban las extremidades como manos , pies , y hasta las partes de la generacion. Este terrible accidente fué el que sobresalió en la peste que arruinó el Imperio Romano en el Consulado de Marco Aurelio y Lucio Vero. Ultimamente con este mismo rigor á mediados del siglo decimo quinto comenzó esta enfermedad en la Asia , se extendió por la Illiria , Dalmacia , Hungria , Ale-

mania y por todo el resto de la Europa de tal suerte que asegura Mezerai que en el espacio de dos meses murieron mas de quarenta mil personas en París, en donde por la grande consternacion que causaban las numerosas muertes repentinas, los mismos apestados se amortajaban con frecuencia poseídos de una terrible desesperacion.

DE LA PROPIEDAD CONTAGIOSA DE la Calentura amarilla, por F. Piguillem.

La Calentura amarilla puede engendrarse en España por las causas que producen las demas calenturas epidémicas, ó es indispensable que nos la traigan de las Américas, del mismo modo que la peste de Levante? Esta cuestión delicada é interesante llama toda la atencion de los Profesores. De su decision pende en gran parte la tranquilidad de la España. Si las causas de esta enfermedad terrible existen en nuestros propios hogares deben indagarse con todo cuidado y procurar por todos medios destruirlas, mientras que si nos es extranjerica y no puede venir sino por contagio, conviene tomar otras providencias para impedir y detener sus progresos espantosos.

Parecerá arrojado el emprender decidir una cuestión que ha dividido la mayor parte de los Escritores, y que tiene todavia muy discordes á los Prácticos. Estoy enteramente persuadido que qualquiera decision temeraria y pre-

cipitada sería sumamente perjudicial y nociva. Facilmente se podría esparcir el terror por todo el Reyno y ocasionar la interrupcion de nuestras relaciones comerciales por un temor vano é infundado. Pero no fuera menos culpable el no preveer el peligro quando hay todavia tiempo de tomar providencias arregladas para asegurar la conservacion de la salud pública.

Este es uno de los casos en que necesitan los Profesores toda la sagacidad, prudencia y conocimientos que dicta el arte saludable, y los que culpan y critican su modo de proceder cauto y reservado, saben muy poco que semejantes decisiones ofrecen obstaculos insuperables en los principios de las enfermedades que debastan á los Pueblos, y que hasta los hombres mas eminentes han titubeado atendida la importancia del objeto que exíge profundas investigaciones antes de declarar y manifestar al Gobierno su dictamen.

Es verdad que ha habido en otros tiempos hombres entusiasmados y temerarios que por sus fines particulares han negado la propiedad contagiosa hasta á la misma peste por mas que los hechos se lo evidenciasen, pero semejantes errores han sido refutados victoriosamente como puede verse entre otros en Astruc, y en nuestro famoso Catalán el Dr. Fornés por lo tocante á la peste de Marsella de 1720.

Voy pues á indagar si la Calentura amarilla es una enfermedad indigena, ó exótica en nuestra España, si puede nacer por las cau-

sas generales de las demas epidémias, ó si es preciso que nos la traigan de América por medio del contagio que la produce.

Creería haber hecho un beneficio al Público si llegaba á tratar este asunto con la dignidad que se merece y mi satisfaccion sería enteramente cumplida si con mis cortas reflexiones lograba fixar la opinion de los Prácticos en una materia tan interesante, al paso que sentiria vivamente que sirviesen de pretexto á disputas inútiles, que sin ningun provecho y con grave detrimento de nuestra Profesion se han suscitado varias veces.

Vemos todos los años algunas Calenturas putridas mas ó menos malignas que embisten á uno ú otro individuo, salpicando por decirlo así una ú otra casa. Los Médicos las llamamos *esporádicas*. No es extraordinario el que se extiendan y se hagan mas comunes en una Ciudad ó en toda una Comarca en alguna de las estaciones del año, de la que se cree toman su origen, ó la que alomenos tiene sobre ellas un poderoso influxo. Entonces se llaman *estacionales*, y suelen desaparecer enteramente ó en gran parte, viniendo otra estacion distinta de la que les ha dado origen.

Las variaciones notables de la admosfera, un estado irregular de afecciones meteorológicas, los uracanes, los terremotos, las inundaciones, la escasez, los malos alimentos ocasionan Calenturas putridas que extendiendose en toda una Ciudad ó País se llaman *populares* ó *epidémicas*, añadiendoseles el nombre de *consti-*

tucionales, quando se cree dependen de cierto estado de la constitucion de los tiempos. tales fueron las epidémias de Cartagena en 1771 y 72, las de Aragón en 1783, las del llano de Urgél, y otras infinitas que han comparecido en diferentes épocas en varios puntos de España.

Los Pantanos, Charcos, Lagunas y terrenos inundados contienen millares de insectos, gusanos, anfibios y peces que mueren y se corrompen quando por medio de la evaporacion se desecan, exponiendo su superficie al contacto de la admosfera. Elévase entonces de aquellos lugares unos vapores ó exhalaciones deletéreas mas ó menos cargadas de *azoe* quien junto con el *hidrógeno*, *oxígeno* y *carbone* que se encuentran en porciones muy variadas, constituye el miasma de los Pantanos, que se juzga un *oxíde de azoe*, ó mejor un *azoé hidrogenado* ó *carbonado*. Su accion en la constitucion del hombre es sedativa y amortiguadora, y es la causa de las Calenturas intermitentes y remitentes que tanto se han extendido y que son endémicas en muchas comarcas de España. (*)

El carácter, genio, é intensidad de las Calenturas producidas por las emanaciones de los Pantanos, su actividad y sus progresos están en razon directa de la intemperie perniciosa

(*) Esta materia la traté mas largamente en una disertacion sobre una epidémia de tercianas contagiosas que observé en 1796 que me premió la Real Academia-Médica de esta Ciudad.

que determina la evaporacion, según los años, los climas, y las estaciones. Por lo que quando aquellas causas producen entre nosotros Calenturas intermitentes, ó remitentes regulares, engendran en la baxa Hungría Calenturas petequiales, en Italia hemitriteas, y en Egipto y Etiopia la misma peste.

Aun en aquellos Países que por su situacion, clima y demas circunstancias no se experimentan los efectos de los efluvios pantanosos, hemos visto fraguarse ciertas Calenturas putridas, solo por haber un gran número de hombres amontonados en Hospitales, Navios, Cárceles &c. Estas Calenturas han empezado de ordinario con el carácter de unas putridas benignas, y han adquirido progresivamente toda la malignidad y virulencia del *tiphus* el mas maligno. De este modo han sido sacrificados tantos amigos y compañeros nuestros recién llegados á los Hospitales durante la última guerra. Es indispensable aunque muy triste para mí el recordar la muerte de mi querido Padre á las quarenta y ocho horas de haber sido infectado, visitando nuestras Tropas en el Hospital militar de Puigcerdá, despues de haberse desplegado la Calentura con vómitos continuados, convulsiones horrorosas, suma postracion de fuerzas, hipo cruel, ictericia, petequias, una total disolucion, y un entero gangrenismo. (*)

(*) Sobre esta enfermedad remití en 1796 á la Real Aca-

Estas Calenturas malignas en sumo grado las vemos una ú otra vez en algunos sugetos (*esporadicamente*.) No son endémicas en ningun País de España, ni acostumbran á reynar epidémicamente, al paso que son bastante comunes las epidémias de Calenturas putridas ordinarias.

La Situacion de nuestro suelo Español, la constitucion de un clima sereno, puro, y despejado donde se respira un ayre purísimo y sano, los vientos que templan el ardor del sol, paraque no sea excesivo, las lluvias que de tiempo en tiempo, y sin exceso riegan un terreno fértil y abundante, en una palabra las estaciones del año nada irregulares ni extremadas, no permiten que las causas generales de putrefaccion adquieran aquel grado de actividad, á que llegan en los Países donde las intemperies, y variaciones extraordinarias de la admosfera, forman unas alternativas funestas y perniciosas. Si por las causas generales padecemos alguna epidémia no pasa de ordinario de la Provincia donde se ha originado, ni temen los vecinos el que se la comuniquen. Varias Provincias del Reyno sufrian los rigores de ciertas epidémias originadas por causas locales, singularmente por la escasez y ma-

Académiá Medico-Práctica de esta Ciudad una disertacion con este epigrafe:

Infandum (artis amor) jubés renovare dolorem.

En esta memoria pretendí probar que los hombres robustos resienten mas vivamente la accion del contagio que los delicados y enfermizos.

los alimentos; con todo las Provincias vecinas no temieron que cundiesen en ellas; mientras que se han consternado con razon, y han tenido que tomar las mas sérias providencias para impedir la introduccion de la epidemia de la Andalucia.

Las Naciones extranjeras no han mirado jamas á nuestra España como un País mal sano y sospechoso. Ni las epidemias que de quando en quando comparecen por causas generales les han precisado á negarnos la entrada, ni á cortar sus relaciones con nosotros. Semejantes males originarios de nuestro País son muy distintos de los que nos vienen de afuera, contra los quales toman hasta los extranjeros las mas sérias precauciones. De suerte que podriamos asegurar que del saludable suelo de nuestra España nunca brotarian aquellas epidemias crueles y devastadoras, que inspiran tanto horror hasta á los pueblos muy remotos, si una semilla adventicia y extranjera no lo alterase, y corrompiese de tiempo en tiempo. Este raciocinio fundado en la doctrina de los mejores observadores adquiere toda la confirmacion por lo que enseña la misma experiencia. Jamas ha reynado la Calentura amarilla en algun punto de España sin que se haya descubierto el manantial, ó el conducto por el que nos ha sido transmitida.

En 1730, entró en Cadiz por una embarcacion americana segun refiere el Dr. Fernandez Navarrete. Málaga la padeció en 1741 por el desembarco de unos extranjeros que venian

de América heridos del contagio quienes introduxeron en la Ciudad algunas mercancías que encendiéron aquel fuego devorador que costó la vida á mas de diez mil personas, y el Dr. Barea testigo de vista asegura que si la Ciudad de Málaga ha sufrido una ú otra vez el contagio ha sido siempre por la mala inteligencia en el Puerto. En 1800 pocos dias antes de declararse la epidemia en Cadiz habian entrado dos Buques procedentes de América los que no se sujetaron á la quarentena, ni aun al expurgo regular que pudiese libertarlos de la sospecha.

Las relaciones comerciales que mantiene la España con las Américas hace que seamos casi un mismo pueblo. El continuo arribo de navios mercantes Anglo-Americanos, y aun de los nacionales que vienen todos los dias de la América Septentrional, nos procuran con las riquezas y producciones útiles de aquellas Colonias, la Calentura amarilla, que es endémica en ellos, y que las ha hecho mirar como el sepulcro de casi la mitad de los europeos.

En estas Islas conocidas con el nombre de Antillas ó islas de Barlovento el clima es ardiente, y el calor continuo y excesivo, efecto natural de su situacion baxo la Zona Torrida. Las lluvias son alli diluvios de agua, de modo que la grande humedad que dexan, y el ardor del clima hacen unas alternativas funestas, y un temple sumamente vario. De aquí es que se acelera y determina facilmente la putrefaccion de las substan-

cias animales y vegetales. La carne apenas se conserva veinte y quatro horas, los cadáveres se corrompen poco tiempo despues de la muerte, las frutas se pudren, el pan se enmohece, el vino se tuerce &c. Estas circunstancias locales son las mas propias para enervar el tono y energía de los vivientes, y para sostenerlo se ven precisados los habitantes de aquellas Colonias á beber licores espirituosos, y unos alimentos estimulantes con el fin de contrarrestar tantas causas exteriores que los abaten y debilitan. (*)

Las enfermedades procedentes de la atonia, y trastorno del estómago, y demas visceras digestivas son allí las mas comunes entre los Colonos; tales son los colicos, las disenterias, calenturas intermitentes y remitentes malignas que muy á menudo les embisten, sin embargo de estar ya habituados á un clima que les ha visto nacer.

Los extranjeros que pasan á aquellas Islas tan funestas, sienten mucho mas viva y pronta la impresion del clima no acostumbrado; mientras los naturales del país padecen desde Junio hasta Noviembre enfermedades biliosas mas ó menos malignas, los extranjeros son embestidos por la Calentura amarilla que es el *maximum* de las Calenturas biliosas. No se necesita allí contagio para contraerla, bastan

(*) Vease mi disertacion sobre las barretas, premiada en 1793 por la Rcal Académia Médica de esta Ciudad, impresa en el primer tomo de sus memorias.

las causas generales para determinar una enfermedad que es endémica en aquellos Países. Con todo quando por alguna intemperie irregular, ó por alguna otra causa se hace la Calentura amarilla mas comun y popular, hace estragos horrorosos aun entre los mismos Colonos, sucediendo alli á proporcion lo mismo que quando nuestras Calenturas putridas se hacen populares ó epidémicas.

Si nuestras Calenturas putridas se comunican á veces de un enfermo á los sanos, que los rodean, con mayor razon la Calentura putrida en sumo grado, deberá propagarse por este medio, singularmente quando extendiéndose por una Ciudad, habrá tantos hogares de infeccion como enfermos. En el estado mas cercano á la putrefaccion que permite la accion vital se exâla del cuerpo humano el *azoe* que combinado con el *hidrógeno*, constituye el *miasma* ó *gaz animal*. La esfera de accion de estos vapores es capaz de hacer una funesta impresion sobre los sanos, comunicandoles la misma enfermedad que la que les ha dado origen.

Si la propiedad contagiosa de la Calentura amarilla se limitase á la esfera de accion que tienen los miasmas que se levantan de los enfermos, nada tendrian que temer los que se hallan muy distantes y sequestrados de los que la padecen: pero por desgracia á mas de aquella propiedad *halituesa* segun el language de las Escuelas, tiene tambien la de multiplicarse y reproducirse por los germenés, ó semi-

llas que se pegan á las cubiertas de los enfermos, al algodón, cueros, madera, y otras substancias que les sirven de conductores.

No es fácil determinar el estado del sistema viviente propio para engendrar los germenés, que aplicados á un cuerpo sano, producen una enfermedad *identica* con la que les ha dado origen. Sin embargo es muy cierto que semejantes semillas ó germenés engendrados en ciertos organos modificados de un modo específico, y particular, atacan con preferencia los mismos organos sanos, como si tuviesen con ellos cierta afinidad electiva. Las viruelas desorganizan- do la piel engendran productos capaces de engendrar otras viruelas. La angina maligna destruyendo los organos de la degluticion, pro- crea semillas, que producen una angina de la misma especie. La disenteria propagandose da otra disenteria, y no una pulmonia, del mis- mo modo que del huevo de una gallina nace un polluelo, y no un perro, y del trigo otro trigo, y no una lechuga. De este modo se multiplica la Calentura amarilla, como todas las demas enfermedades contagiósas por su pro- pio germen, que transmitido por sus conduc- tores apropiados se desenvuelve, se desarrolla, crece y fructifica, quando encuentra una ma- triz apropiada, y dispuesta.

Será pues la materia del contagio de la Ca- lentura amarilla un *azoé hidrogenado organizado*, ó tal vez unos corpusculos semejantes á cier- tos animalillos, ó gusanillos imperceptibles, co- mo pensaron ya tiempo hace los partidarios de

la Pathologia animada, ó vermicular?

No nos es dado el penetrar la esencia misma de las causas de las enfermedades contagiósas, pero observando atentamente sus efectos, y marcha sucesiva, podremos tal vez adquirir algunas luces en una materia tan obscura.

El contagio de la Calentura amarilla tiene cierta afinidad, y determinacion hácia los organos que sirven á la secrecion de la bilis del mismo modo que la tiene el veneno de la víbora, y singularmente el de la serpiente de cascabel, cuya mordedura produce la ictericia, y convierte toda la masa de la sangre en bilis. Este es el estado en que se verifica aquella famosa expresion del Padre de la Medicina *Totus homo bilis fit*. Del mismo modo que las cantáridas dirigen su accion estimulante y caustica hácia las vias urinarias, el contagio de la Calentura amarilla prefiere al estómago, hígado y demas entrañas abdominales, irritandolas, y causando en ellas una inflamacion erisipelatosa, con la que pervierte su organismo, y se vicia la secrecion del humor bilioso.

Semejante el contagio de la Calentura amarilla á los insectos ó gusanillos sabe conservar su actividad y accion sin dar muestras de su existencia, hasta que encontrando una matriz idonea, se aviva, se despierta y desarrolla por el calor, y demas circunstancias necesarias.

El contagio se anida en el algodón, cueros, cordage, madera &c., donde no puede verse ni hallarse á causa de su extrema tenuidad para

renacer y reproducirse á su tiempo del mismo modo, que los gusanos y demas insectos cuyos huevos están mucho tiempo en un letargo, para resucitar, y hacer sus metamorfoses, en la sazon oportuna.

Los insectos se amortiguan, pero no perecen con el frio, ni con la exposicion en el ayre libre, ni al viento, del mismo modo que el contagio de la Calentura amarilla, puede retoñar, y recrudecer sino se destruye, aniquila y desorganiza con los medios apropiados.

La suma tenuidad de este contagio animal, y la propiedad que tiene de conservar su fuerza y virulencia, nos pone en la triste situacion de estar siempre amenazados por un enemigo invisible y oculto, que se esconde, se anida, y se conserva en todas las materias porosas, que son otros tantos conductores suyos. Si tenemos la satisfaccion de que semejante enfermedad no puede engendrarse en nuestro suelo, nos amedrenta por otra parte, y nos consterna, el saber que puede comparecer á qualesquiera ocasion, y que de ningun modo permite que estemos desprevenidos.

Con todo estas mismas propiedades dimanadas de la naturaleza del contagio deben alentarnos, é inspirarnos una fundada esperanza de que podremos vernos libres de sus asaltos, aun quando clandestinamente se hubiese introducido en nuestras poblaciones. El es una chispa que necesita pabulo para hacer una explosion funesta: el incendio puede extinguirse en sus

principios, y antes que el fuego devastador se haya pegado en distintos puntos de un Pueblo.

Lo que importa es descubrirle pronto y encontrar el manantial que semejante á la caja de Pandóra exâla el veneno y la enfermedad. Por sutil é invisible que sea esa semilla destructora, podemos destruirla y aniquilarla, antes que haya echado raíces y se haya propagado en distintas partes. La esfera de su accion es mas limitada de lo que se piensa comunmente, podemos aislarla y contenerla por una linea de circumbalacion dentro de una Casa, de un Lazareto, de un Hospital, de un Barrio, ó de una Ciudad, con la misma seguridad que contendriamos un rebaño de carneros en un parque. La comunicacion inmediata con lo enfermos, ó mediata por medio de los conductores en los que se anida y mantiene la materia del contagio, pueden unicamente extenderlo. *No buela por el ayre* como vulgarmente se cree, antes bien pierde de su fuerza y actividad confundido en el oceano de la admosfera. Empieza á embestir á aquellos que están mas cercanos del lugar de la infeccion, y sigue progresivamente atacando á los que tienen alguna comunicacion con los primeros.

En el año de 1793 empezó la Calentura amarilla en Filadelfia por la calle Water en una casa de posada frequentada de los Marineros de un Corsario Francés, cuya tripulacion traxo la enfermedad de las Islas de Bar-

lovento , y fué extendiéndose desde aquella calle progresivamente en los demas barrios de la Ciudad. En 1762 fué introducida en la misma Ciudad por un marinero enfermo que venia de la Habana , y en 1740 por un cofre de ropa usada. En 1800 entró en Cadiz en el barrio de Santa Maria donde habitan los marineros que trafican en el Puerto , y se mantuvo la enfermedad algun tiempo como estancada alli , para esparcirse despues en todas las partes de la Ciudad. De esos primeros hogares de infeccion siguió el contagio una marcha casi geografica y progresiva. Un Canonigo de la Cathedral de Cadiz habiendo pasado al barrio de Santa Maria y entrado en el quarto de un enfermo la contrajo y se la llevó á otro barrio muy distante de aquel.

La desgracia está en que no se sospecha el peligro en los principios , para tomar providencias capaces de defener sus progresos. Se cree de ordinario que la enfermedad es *estacional* , efecto de un calor extraordinario, de un viento recio , ó engendrada en las cloacas ú otros parajes sucios , que exâlan por el calor un hedor pernicioso. En una palabra se cree que la enfermedad es indigena , procreada en el mismo País por las causas generales , y no se atina con el hogar de donde procede.

El Colegio Médico de Filadelfia compuesto de Profesores muy instruídos fué de parecer que la fiebre amarilla que hizo tantos estragos en 1793 reconocia un origen local , y no la introduccion del contagio de afuera. Ape-

nas se manifestó la misma fiebre en Julio de 1802, quando se esforzaron los Doctores Cathrall, y Carrie en hallar el origen de esta dolencia mortífera y descubrir una causa tan funesta y formidable para los moradores de aquella Ciudad. Estando examinando infructuosamente los Muelles, Corrales, Patios &c., tuvieron noticia de que un Buque llamado Paquete de Santo Domingo acababa de arribar del cabo Francés. Indagaron aquellos Profesores que los primeros que murieron entonces de la amarilla fueron los de la tripulacion de aquel Buque, y los que habian tenido comunicacion con ellos, como fué el Carpintero del Bergantin la Esperanza, y así sucesivamente se fueron infectando otros muchos, Terrible leccion para nosotros, para no entretenernos en semejantes ocasiones en buscar en el ayre, en el agua, en las cloacas, ni en otras causas arbitrarias el hogar de la Calentura, que en un fardo de algodón, ó de lana descubriria facilmente el mas ignorante marinero.

Es preciso repetir mil veces que lo que importa es descubrir el primer hogar de donde procede la enfermedad, y el contagio para aislarlo y cerrar toda comunicacion con el, sin temer que el ayre lo comuniqué; y lo esparza de una parte á otra. Parecerán racionios especiosos frutos de una teórica vana é infundada las reflexiones hasta aqui propuestas, pues se oponen al modo de pensar de muchos prácticos y á las ideas mas generalmente re-

cibidas del comun de las gentes. Se persuaden que lo mismo es comparecer el contagio en una Poblacion quando se vicia el ayre y esparce la enfermedad y la muerte entre los que le respiran. Sin embargo la verdadera observacion y la sólida experiencia enseñan que puede el hombre vivir seguro en medio de una Ciudad ó Provincia infectada mientras se corte la comunicacion con los enfermos ó con los conductores del contagio por mas que está respirando el mismo ayre y sujeto al influxo de las causas generales.

Familias enteras se libertaron en Cadiz en 1800 del contagio que sacrificaba á las casas vecinas aislandose en su casa sin tener comunicacion con los forasteros. El regimiento de Maria Luisa estaba acampado en 1800 entre Chiclana y Puerto real, mientras exercia en ellos la epidemia sus horrorosos estragos. Habiendo prohibido severamente los Gefes la comunicacion con los habitantes de los Pueblos vecinos y habiendose executado sus órdenes con todo rigor, fué preservado del todo el regimiento de la infeccion que le circuía por todos lados.

La enfermedad se manifestó en una calle de cierto lugar inmediato á Cadiz. Se tuvo la precaucion de tabicarla en los dos extremos, permitiendo unicamente una pequeña ventana para la introduccion de los viveres y otros objetos necesarios á los habitantes, teniendo cuidado de no permitir la salida á ninguna persona, ni á ningun efecto que á

ellos perteneciese. Esta sabia precaucion habiendose continuado todo el tiempo que se juzgó necesario, produjo el deseado fin, la enfermedad en efecto no pasó la Barrera.

Chiclana, Puerto real, la Isla, el Puerto de Santa Maria, San Lucar, Xeréz de la Frontera, y otros Pueblos nó la recibieron sino por los que emigraban de Cadiz. Todas estas poblaciones sujetas al influxo del mismo ayre y de las demas causas generales que Cadiz, estaban enteramente libres de la fiebre amarilla quando hacía los mayores estragos en aquella Ciudad, y se hubieran preservado del todo, si se hubiese á tiempo cortado toda comunicacion recíproca.

Pero nada confirma mas la propagacion del contagio por la comunicacion mediata ó inmediata destruyendo la opinion de los que creen que puede comunicarse por el ayre, que lo que sucedió en Sevilla entre los Barqueros del Guadalquivir. Estos hombres sequestrados en sus barcas fueron preservados del contagio que hacía los mas espantosos estragos en los dos arrabales de la Triana y de los Humeros quedando ellos en el centro sin lesion. La enfermedad y la muerte parecia que pasaban por encima de su cabeza sin tocarles, no obstante la muy corta distancia que separaba los lugares infectados.

Ni parezca extraordinario el que la Calentura amarilla no inficione toda una Ciudad ó Provincia, pues lo mismo sucede con todas las demas enfermedades contagiosas. En

La peste de Alepo de 1718 y 19 murieron ochenta mil hombres en el espacio de seis meses, pero fueron preservadas las familias Inglesas, los Monasterios, y Colegios que tuvieron cuidado de no tener la menor comunicacion con los demas habitantes. En Constantinopla y demas poblaciones del Imperio Otomano mientras perecen á millares los Turcos, porque no toman ninguna precaucion entregados unicamente á la suerte del destino, salen los Europeos á las azoteas de las casas para conversar y tratar con los vecinos. Si en las distintas veces que la peste se ha extendido en los Estados Musulmanes se hubiese propagado por el ayre, estaría ya exterminado tiempo hace el dilatado Imperio de la Media Luna.

De diez y seis Conventos de Monjas que habia en Marsella, solo fueron infectadas de la peste, cinco Religiosas, que tuvieron comunicacion con los de fuera, refiere Fornés. El Monasterio de San Pedro de las Puellas, el de las Religiosas Magdalenas y otras Casas Religiosas no contraxeron la peste que asoló á esta Capital en distintas épocas.

Con mayor razon pueden estar seguros los que están en poblaciones algo distantes de las que affige el contágio. El grande Sidenham no podia concebir como el Gran Duque de Toscana habia preservado sus Estados de la peste que devastaba á toda la Italia, estableciendo un cordon; porque estaba aquel grande Médico imbuído de la opinion de las Escuelas, que el ayre es el vehiculo del contágio.

Concluyamos: la Calentura amarilla es una enfermedad endémica en las Antillas. No puede engendrarse en nuestra España por las causas generales que producen las demás epidemias. Es preciso que nos la traigan por contagio. Este puede venir por los enfermos que tengan aquella Calentura, ó por medio de sus conductores donde se anida y mantiene. Si se logra sofocar en su cuna, jamas se extenderá en nuestras tierras. Si se desprecia, ó no se conoce, hará rápidos progresos. No vuela por el ayre, ni éste lo conduce de una parte á otra. La esfera de su accion no es muy dilatada. Cortando toda comunicacion con los enfermos, y evitando el roze ó contacto de los conductores del contágio; jamas la contraeremos, sea el que fuere el estado del ayre, y de las afecciones meteorológicas, y al contrario. Con las reglas que dicta la Hygiene pública podrá evitarse su introduccion en nuestro continente; y si por desgracia burlando las mas eficaces providencias que con tanto acierto hace executar el Gobierno, compareciese en algun punto de España, podemos sofocarla, limitarla, é impedir sus progresos. Por último siguiendo los sabios consejos que se verán en los capítulos de la Hygiene pública y particular, podemos tenernos por libres de los asaltos de esta enfermedad terrible, del mismo modo que lo estamos de los de la peste, que tantos estragos hizo en nuestros Países en tiempos de nuestros mayores.

*ANALISIS DE LA FIEBRE AMARILLA,
y exâmen de su causa proxima,
por Cano.*

Supuesto que nuestra España es uno de aquellos países afortunados, donde la Calentura amarilla no reyna endémica ni epidémicamente, si es que como se ha probado en el artículo anterior solo puede producirse en ella y propagarse por medio del contagio, debe concluirse que sus causas procatarticas en nuestra Península son los miasmas ó vapores humanos emanados de un cuerpo atacado de dicha Calentura: estos miasmas que verosilmente son, como se ha dicho, un hidro-carbon azootizado combinado de cierto modo específico, ocasionan en el cuerpo humano sano á que se aplican los desordenes en que consiste la causa proxima de tan terrible enfermedad.

Es preciso analizar esta enfermedad para exâminar bien su causa proxima; y aunque sus exâctas descripciones presentan suficientes datos para dicho análisis, no se dexará de notar por algunos que á nuestras reflexiones les falta el peso y confirmacion que las daría el haber nosotros seguido esta Calentura paso á paso y en todos sus períodos: con todo, aunque no nos hayamos visto entre los horrores de una Ciudad dominada por el contagio, no estamos tan destituídos de experiencia propia en este asunto, que á los conocimientos adquiridos con motivo de las epidémias de Cadiz,

Sevilla y Málaga, no podemos añadir el fruto de nuestras observaciones sobre algunos enfermos de los que adolecieron de la fiebre que apareció en nuestro puerto en el otoño del año próximo pasado.

Podemos, para ilustrar mas la materia, hacer uso de dichas observaciones, y de los resultados que ofrecieron las disecciones anatómicas con tanto mas fundamento, quanto vimos que correspondian con casi todo lo que se ha observado y escrito sobre la fiebre amarilla, con la qual no puede negar nadie que tenia la mayor analogia la de nuestro puerto que ha sido caracterizada de *bilioso-nervioso-putrido-maligna*. Sus síntomas fueron muy bien observados; y se hallan tan exâctamente redigidos en una descripción que nuestro ilustrado Gobierno, siempre zeloso en la conservación de la salud pública, pasó á los Médicos de los suburbios de esta capital, (y que casi es idéntica á la que Makitrik hizo de la Calentura de América,) que la elegimos de preferencia para nuestro exâmen y análisis; si bien al paso haremos mencion de algunos síntomas que suelen añadirse en las descripciones mas difusas y directas de dicha fiebre amarilla, y que tambien se han mencionado en la parte diagnóstica de la presente memoria.

Se presenta dicha enfermedad, dice la citada descripción, con calosfrios, dolor y peso fuerte en la cabeza, encendimiento de ojos y á veces de la cara, cansancio, dolor en los riñones y extremidades inferiores, opresion fuer-

te y dolorosa en la boca del estómago, en algunos con náusea, en otros vómito amargo, abatimiento de cuerpo, poca sed, en otros bastante pulso, en los mas como en el estado sano, ó algo mas tarde. La Calentura amarilla comienza tambien con estos síntomas, que son muy semejantes y aun idénticos á los producidos por la accion sedante de los gases hidrógeno-carbonado, hidrógeno-azotizado, y otros que se levantan de los suelos pantanosos, y que la experiencia ha demostrado ser unos abatidores directos de la vida. Estos gases pantanosos que en los naturales de los países situados entre los tropicos solo dan lugar á las intermitentes y remitentes biliosas, son los que producen la Calentura amarilla en los extranjeros no acostumbrados á aquellas constituciones atmosféricas; y estos mismos gases, que combinados con el azoé se desprenden de sus cuerpos en el tiempo de la putrefaccion y descomposicion ocasionada por dicha Calentura, tienen toda aquella mayor fuerza sedante y deleterea que la observacion ha descubierto en los gases animales con respeto á los pantanosos, debida sin duda al abundante azoé que es peculiar de aquellos.

Aplicados los referidos miasmas al cuerpo humano amortiguan su potencia nerviosa; y debilitandose en su consecuencia la accion del corazon y sistema arterial, no arrojan con el vigor acostumbrado la sangre hasta los capilares, cuya turgencia disminuye, refluyendo la sangre hácia el centro. Este refluxo de

la sangre del sistema capilar, da lugar á que quedando sin la dilatacion que su presencia ocasionaba, obre la potencia tónica de este género de vasos, que se cierran, se contraen, y se espasman, produciendose por esta razon las ligeras sensaciones de frio ú *horripilaciones primeras* con que el mal se anuncia. Debilitandose mas y mas la potencia nerviosa por la accion continuada de los agentes sedantes, se extiende mas y mas el espasmo capilar y cutáneo, el qual se ve que se concentra con singularidad en algunas partes, de donde viene el dolor en la region lumbar y extremidades inferiores, y la sed, que algunos sufren y que otros no padecen; sensaciones desagradables procedentes del espasmo que se fixa en las partes y órganos que las sufren. Concentrado el espasmo en algunas partes del sistema capilar fluye con rapidez la sangre hácia las que no se espasmaron, ocasionando ligeras detenciones sobre el cerebro á que se siguen *vahidos*, y dolores de cabeza, originandose tambien de la misma causa el *encendimiento de ojos*, y el que ciertas veces se observa en el semblante, cuyos fenomenos tambien pueden provenir del espasmo incompleto de los capilares de estas partes, y del completo de los de aquellas donde se le vé concentrarse.

Haciendose mas constante dicho espasmo capilar y cutaneo por la continuacion de sus causas, comienzan las fuerzas concéntricas de la maquina á predominar sobre las céntricas y á oprimirlas: por esto, y por la simpatía que

reyna entre la piel y epigastrio, carga principalmente la accion dominante de dichas fuerzas concéntricas sobre esta region, la qual resentida del peso que la oprime, se irrita y procura rehacerse, siendo un indicio y efecto de esta reaccion *la nausea y el vómito amargo* que alguna vez se verifica en este primer período. El corazon prosigue en el estado de languidez en que le puso desde el principio el abatimiento de la potencia nerviosa, y no puede suscitar movimientos saludables divergentes; por lo qual el *pulso* se mantiene acaso *mas baxo que en el estado natural*: la maquina está abrumada, y de ahí el *cansancio y el abatimiento del cuerpo*: en fin cerrados por el espasmo los poros de la cutis y alterado tambien el estado natural de la membrana interna del pulmon que les es continua, quedan sin salida y se acumulan los gases hidrógeno y carbónico, de que por dichas vias se descarga la naturaleza, los quales siendo debilitantes favorecen la accion sedativa del miasma contagióso, faltando por otra parte la cantidad del oxígeno que absorvido por la membrana pulmonar y disuelto en la sangre, debiera ir á vivificar el corazon con su saludable estímulo.

Tal es el primer estado ó período de la enfermedad, en el qual se ven con evidencia dominantes el espásmo capilar y cutáneo, y la preponderancia de las fuerzas concéntricas, dimanado todo del abatimiento de la potencia nerviosa en virtud de la accion se-

dante de los miásmas contagiósos: sin embargo no dexa de suceder alguna vez que siendo muy vigorosa ó irritable la constitucion del paciente, oponga á la accion de dichos miasmas una resistencia enérgica, suscitandose en su consecuencia en la maquina un juego de accion y de tono aumentado que se aproxime mas ó menos al estado que llaman inflamatorio: pero estos casos son raros, y en los mas de ellos, quando no sobrepuja y vence pronto al mal la accion de la naturaleza, suele la fibra rendirse por razon del mismo juego violento que no puede sostener, y fijandose entonces con mas valentía el agente morboso, acostumbra la enfermedad correr mas precipitadamente su carrera: lo mismo acontece quando no conocido ó desatendido el carácter engañoso de la Calentura, se debilitan los enfermos con sangrias que parecen indicadas por el estado inflamatorio.

Pero la marcha regular de la enfermedad es la que se ha dicho, y el modo con que termina, si se logra vencerla en el primer período, corrobora la solidez de quanto se dexa expuesto. Algunos al ver la náusea, los vómitos, el sumo ardor y dolor al epigástrico, y los desordenes del higado, de su vegigui-lla, del estómago, é intestinos que se observan en los atacados y muertos de la Calentura amarilla, han creído que su causa próxima residia en aquella region, singularmente en la bilis que alterada primariamente por el contagio afectaba despues los demas humores,

y baxo esta idea han administrado los eméticos: pero han tenido ocasion de desengañarse; habiendo visto que no era una turgencia biliosa la que ocasionaba la náusea, sino cierta irritacion del cárdias que aumentada con el estímulo del emético daba lugar á mayor aflujo de humores hácia aquel sitio, y á mayor secrecion de bilis, haciendose los vómitos mas continuos y pertinaces. Al contrario, si la naturaleza ó por sí, ó ayudada por el arte ha podido promover movimientos divergentes desde el centro hácia la circumferencia, haciendo preponderantes las fuerzas céntricas á las concéntricas, de modo que soltandose el espasmo cutáneo y capilar se promovieran sudores abundantes que arrastrasen consigo los gases carbónico é hidrógeno detenidos y los miasmas aplicados; entonces se ha conseguido una curacion tan pronta como perfecta, y por esto el célebre Pinel ha dicho, que *si en el primer tiempo de la impresion del contagio el enfermo se acuesta, y se excita el sudor bebiendo buen vino, ó alguna pocion cordial algo activa, se puede en su principio impedir el progreso de la calentura.*

El buen efecto de las unturas generales con el aceyte tibio proviene en mi entender de que este liquido cerrando como piensa Asalini las boquillas de los vasos absorventes al paso que abre las de los exálantes, induce por su virtud emoliente cierta lasitud general de cutis á que se sigue la disminucion de las fuerzas concéntricas, pudiendo en su conse-

qüencia sobreponerse á ellas las céntricas ó internas auxiliadas y reanimadas con el opio, el alcanfór, la valeriana, el alkali-volatil y demas substancias estimulantes difusivas que se encarga administrar al mismo tiempo, y resultando de dicha preponderancia los movimientos saludables divergentes desde el centro que con el sudor arrojan afuera los agentes morbosos y los gases inasimilables y deletereos. El plan mercurial usado en las Américas es capaz de proporcionar la misma preponderancia, por quanto el oxígeno que se comunica por este método en gran cantidad á la maquina, es el estimulante directo del corazon y arterias cuyas acciones excita y levanta, favoreciendo la expansion de las fuerzas céntricas hasta hacerlas preponderantes.

Mas si sucumbiendo la naturaleza por ser inutiles sus esfuerzos y los auxilios del arte, se llega á entrar en el período segundo, varía entonces la escena y se presenta de muy diverso modo. *Se aumentan en el segundo dia continua la mencionada descripcion, estos sintomas: el vómito es mas frecuente, su color empieza á obscurecerse, en otros es sanguinolento, y en algunos nigricante; la lengua se pone súcia, se reseca ó toma color de café; el dolor de cabeza y demas síntomas se aumentan, sobreviene á veces la ictericia....* En virtud de la gran simpatia que hay entre el higado, el estómago, y la cabeza, se resienten aquellos del desórden de esta, llevado (como su aumento de dolor lo indica) á un punto muy alto

en virtud de haberse ido graduando desde el principio y hecho mas intensa la accion de las potencias sedantes, no domadas en el primer período; cuya mayor intension hace igualmente que sea mas fuerte y constante la constriccion espasmodica capilar y cutánea, y el agolpamiento de las fuerzas concéntricas en la region epigástrica, á lo que contribuye su simpatia con la piel. Todas estas causas, que obran de comun concurso sobre las vísceras de esta region, desordenan la accion del higado, que por este motivo segrega mayor cantidad de bilis, la qual refluye hácia el estómago, cuya irritacion aumentada por las mismas causas excita en esta entraña repetidas contracciones, á las que se debe la *mayor frecuencia del vómito*.

Irritados en esta forma el estómago é higado se convierten en puntos hácia los quales afluyen los humores y gases animales, favoreciendo igualmente para este afluxo la misma direccion de las fuerzas concéntricas que como se deja expuesto, conspiran hácia aquellas partes. Dichos gases sobrecargan de hidro-carbon la sangre del sistema de la vena porta abundante naturalmente de estos principios, y este exceso del hidro-carbon disminuye su capacidad para el calórico que contenia; resultando el que este se hace libre, y junto con el que tambien pone en estado de libertad el atrito de las partes interiores ocasionado por su demasiada y viva irritacion no pudiendose escapar por las vias conferentes cer-

padas por el espasmo, se agolpa por una particular afinidad sobre el hígado, lo estimula, y produce en su superficie externa una inflamacion erisipelatosa: entonces el hígado se transforma en un volcan, y su incendio ocasiona el *dolor agudo y el ardor intenso* que sienten en esta entraña los acometidos de la fiebre amarilla, y del qual vimos tambien que se quexaban con la mayor ansia los pacientes que observamos, aunque en la descripcion no se nombran estos síntomas, ni el *de la respiracion dificil*, resultante de embarazar el espasmo pulmonar la entrada del oxigeno, y la salida del hidro-carbon de que por aquella via, como se ha dicho, se descarta la naturaleza.

La concentracion del calorico en el epigástrico, y la bilis alterada que se va acumulando en el estómago, hacen que la lengua se seque, se ponga *súcia*, y tome el color de *café*, con que á veces se presenta. Asimismo del volcan de dicha region se desprenden chispas que inflaman la sangre, é irritan el corazon y arterias, cuya accion se excita á movimientos tumultuosos y forzados, en virtud de los quales arroja con ímpetu la sangre hácia las partes menos resistentes con particularidad á la cabeza donde se ven las temporales pulsar *arqueandose* violentamente, resultando de aquí el mayor encendimiento de ojos, la inflamacion del rostro y la cefalálgia que llega á ser insufrible: pero como estos movimientos son suscitados por el vivo estimulo del calorico; no teniendo el corazon y arterias el

tono y fuerza suficientes para sostenerlos, caen en mayor abatimiento, y en un *collapsus* que proporciona que el espasmo de la piel y capilares se haga mas intenso, y que las fuerzas concéntricas carguen con mayor energía sobre el centro: todo lo qual haciendo refluir los gases y el calórico hácia el epigástrico, aviva de nuevo el fuego de su fragua, vuelven en su consecuencia nuevas chispas á irritar el corazon, que estimulado vivamente procura todavia excitarse á nuevos movimientos de que pronto tiene que desistir, repitiendose el espasmo cutaneo y concentracion de fuerzas exteriores; de aquí provienen las *alternativas de calor y frio* y las acciones que se advierten en el segundo período.

La inflamacion erisipelatosa del higado altera la bilis que se segrega tumultuariamente, y esta bilis alterada y mezclada con algunas porciones de sangre que empieza á extravasarse por los poros de los vasos que la contienen y que están muy turgidos, es la que tiñe el vómito que empieza entonces á *obscurecerse*, que en otros es *sanguinolento*, y en algunos *nigricante*. Las disecciones anatómicas nos hicieron ver esta inflamacion erisipelatosa del higado y de su vegiguilla, y las insinuadas alteraciones de la bilis, la qual siendo amarilla en la superficie convexâ de dicha entraña, tomaba el color pagizo-verdoso de la bilis porrácea en sus bordes, se obscurecia volviendose verdoso-azulada como la bilis eruginosa en su cara cóncava, y ultimamente aparecia livida en-

negreciéndose mas y mas hácia las inmediaciones de la vegiguilla dentro de la qual se encontraba ya con la negrura de la tinta.

La bilis que alterada se convierte en estímulo de su mismo órgano secretorio, y el calorico que la inflamacion erisipelatosa de este órgano atrae en mayor cantidad cada instante sobre él, acaban de desordenar su juego; y encontrando en el hidro-carbon, de que se sobrecarga la vena porta, abundante material para la formacion de la bilis, segrega porciones considerables de este liquido que da materia no escasa para vómitos, para cámaras, y para ser absorbido y producir las *ictericias* que á veces se observan en la conjuntiva y en diferentes puntos de la superficie del cuerpo, donde decayendo ya la potencia tónica de los capilares, pueden introducirse los humores, mas bien por un efecto de extravasacion ó derrame, que por la saludable accion impulsiva de los vasos mayores, segun lo prueba el que semejantes ictericias lexos de ofrecer un buen presagio son indicio de un sumo y peligroso caímiento.

La *nefrálgia* y la *supresion de orina*, de que no habla la descripcion, son del número de los síntomas con que nos pintan complicada la Calentura amarilla, y tambien notamos ambos síntomas en uno de los enfermos que fueron objeto de nuestras observaciones, en cuyo cadáver hizo ver la diseccion, que estaba alterada en cierto modo la textura de los riñones, los quales filtraban un licor

amarillo que tiñó de color azafranado muy subido los lienzos que se empaparon en él, lo que igualmente han visto los Americanos: otras veces la nefrálgia no está acompañada de la supresion de orina, si es que es producida por el espasmo incompleto de la substancia tubulosa de los riñones, á cuyo estado son consiguientes las *orinas claras* que se suelen ver en el segundo período de la Calentura. En fin aunque es tan grande la abundancia de bilis que se forma en esta enfermedad que parece que en ella toda la sangre se convierte en bilis segun la expresion de los antiguos, y aunque de su desparramamiento por la periferia ha tomado el nombre de *amarilla* dicha fiebre; sin embargo no es la ictericia un síntoma tan esencial de ella que se haya de presentar constantemente: como faltó, segun la descripcion lo insinúa, en algunos de los que enfermaron en nuestro puerto, falta tambien muchas veces en la Calentura amarilla observada en Filadelfia y otras partes; y así no es preciso esperar á la aparicion de este síntoma para caracterizar la enfermedad.

Pasemos ya al tercer período en el qual comparecen los *cursos y vómitos negros, hipo, convulsiones, desmayos y la muerte*, de que se habla al fin de la misma descripcion. Si copiosas evacuaciones de vientre, promovidas suavemente por la naturaleza ó por el arte, no libran al enfermo, el mal llega al último punto, y los tumultuosos desordenes de la maquina anuncian su inminente destruccion. Los

mismos estimulantes que sostienen la inflamacion erisipelatosa del higado, irritan los intestinos y estómago, y hacen que se propague á ellos: y esta inflamacion naturalmente propensa al gangrenismo, viene á parar en esta fatal terminacion, de lo qual tienen principio los *desmayos*. La gangrena de los intestinos y la corrosion que en su tunica interna y la del estómago producen á veces las substancias acres que contienen, (como lo ha manifestado la diseccion anatómica,) da lugar á que la sangre negra de que están llenos los vasos de aquellas partes se derrame en sus cavidades, y junta con la bilis y con otros materiales que hay allí acumulados, es arrojada por la boca y por el ano baxo la forma de *courses* y de *vómitos negros*. Este síntoma del qual ha tomado la enfermedad su nombre en algunos parages, en especial en Nueva-España, suele ser el precursor ordinario de la muerte; pero á veces la fuerza vital se extingue, y el hombre perece antes que verificado dicho derrame, se haya presentado el vómito negro: en semejantes casos advirtió el Dr. Don Antonio San-German que en los cadáveres de los que no habian llegado á padecer el expresado vomito, se encontraban varicosas y túrgidas de sangre negrísima las venas del estómago é intestinos, las quales por el contrario se hallaban casi vacías en los cadáveres de los que tuvieron dichos vómitos y courses, cuya presencia erroneamente creen algunos necesaria para carac-

terizar la fiebre amarilla , como lo ha dicho el Excelentísimo Señor de *Morla* : por consiguiente el no llegarse á verificar este síntoma, no varía nada la esencia de la enfermedad ; pues solo prueba que algunos de los que la padecen , resisten hasta llegar al término en que el gangrenismo y la corrosion del estómago é intestinos proporcionan la evacuacion de sangre contenida en los referidos vasos , y que su vida se prolonga hasta poderla arrojar por cursos y por vómitos.

El excesivo calórico del epigástrico , y la bilis convertida por su degeneracion en un estimulante vivo irritan el plexô solar , lo que hace entrar en repetidas convulsiones al diafragma , produciendo el *hipo*. El mismo calórico reduciendo á gases los materiales que la accion lánguida de la vida va abandonando al poder de las afinidades químicas , ocasiona los *flatos* y el *meteorismo* : y desordenandose por igual defecto de la accion vital y por el abatimiento de la potencia nerviosa el curso del fluido eléctrico , alteradas por la misma razon las capacidades que cada parte tiene para tenerle , corre dicho fluido tumultuosamente por la maquina , siguiendose de aqui la *convulsion* y los *saltos de tendones*.

Disminuída tambien desde el principio por la accion sedante del agente morboso la vitalidad de las arterias , cuya irritabilidad sigue extinguiendose en el discurso de la enfermedad por el acumulamiento del hidro-carbon , (que es su apagador directo), y por los me-

vimientos forzados y violentos á que el estímulo del calórico las obliga en especial en el período segundo; dexa de recibir la sangre la impresion que corresponde, se empobrece de espíritus, y destituida de su debido organismo va quedando abandonada á la esfera de las mencionadas afinidades químicas, en cuyo caso se descompone, se disuelve, y se extravasa, de aqui las *petéquias*, las *manchas lívidas*, y las *hemorrágias por ano, uretra, boca, narices, ojos, oídos, y aun por la misma piel*, que se ven en la Calentura amarilla, y que tambien tuvimos la ocasion de observar en uno de los que adolecieron de la fiebre de nuestro puerto, á quien pocas horas antes de muerto vimos envuelto lastimosamente y sumergido en su misma sangre.

La *muerte* termina por lo comun la catástrofe de tanta alteracion, de tanto tumulto y de tanto desorden; mas por desgracia no es este el fin de tan triste escena. El septicismo, la putrefaccion singular y específica, que se despliega en el último período de la enfermedad, reúne y combina de un modo específico los principios animales carbon hidrogeno y azoé; y de esta combinacion resultan unos compuestos específicos que desprendidos del enfermo por su exâlacion y evacuaciones, se pegan á los cuerpos vecinos, y transportados por su medio á un cuerpo humano sano se implantan en él, afectan de un modo específico su sistema nervioso, y semejantes á las semillas que se esparcen en una tierra dispuesta, se-

gun la comparacion de Tourtelle, se actúan, se desarrollan y reproducen con ligeras modificaciones accidentales el mismo orden de fenómenos que se observaron en la enfermedad que los produjo, los quales se repiten con una sucesion funesta hasta que se tiene la felicidad de exterminar unos gérmenes tan fecundos como terribles y desoladores.

NOTA. Podria decirsenos, que siguiendo en este análisis la descripcion que nuestro Gobierno hizo de la enfermedad de este Puerto, no habemos exâminado la causa proxîma de la Calentura amarilla, sino la de aquella enfermedad: pero remitimos al que oponga este reparo á la impresion que de órden superior se ha hecho en la Imprenta Real de la obra traducida del Dr. Rush tan recomendada en el dia, y verán en su Prólogo pág. LXI y LXII caracterizáda á dicha enfermedad por la verdadera *Calentura amarilla*.

PLAN Ó MÉTODO DE CURACION
de la fiebre amarilla,
por Riera.

De quanto se ha publicado hasta ahora sobre la fiebre amarilla, no resulta todavia un método cierto y seguro para su curacion. Si se hubieran agavillado todos los varios y diferentes remedios que se han prescrito en el tratamiento de esta enfermedad; se nos ofrecie-

ra un monton de cosas tan enredadas y tan heterogeneas, siendo no mas que un confuso caos muy dificil de entender y mas dificil de explicar. Una plaga que se ha manifestado en épocas diferentes, en tiempos varios, en diversos climas, en sugetos de todas edades, sexo, y condicion, en circunstancias diametralmente opuestas: que ha sido observada y tratada por ingenios muy diversos, que ha sido descuidada muchas veces, y que en tiempos calamitosos ha seguido el comun desorden, confiada unicamente al empirismo, ó al acaso; no ha podido menos que presentar escenas muy varias pero siempre tragicas, ofreciendo un quadro triste, muchas veces ilusorio al mas atento observador.

Muchos Médicos se han desvelado pero inutilmente para establecer un método *empírico* en la curacion de la fiebre amarilla. Se han ocupado con afan y con porfia en buscar remedios específicos y capaces de desnaturalizar, ó destruir radicalmente ó como dicen de un golpe la enfermedad; mas la causa de este contagio es tan grave, tan confusa y complicada, que es casi imposible poder llegar á descubrirla en el modo que es menester para sugetarla á un método empírico. Son tan desarreglados los movimientos de la enfermedad, que no permiten el atinar ni á uno, ni á muchos remedios, que tengan un poder específico para restituir aquellos en el orden natural como en el estado de salud.

Unos por capricho, otros por sistema, al-

guños por rutina , y otros por una ciega y servil obediencia han seguido diversos planes curativos contra tan terrible enfermedad. Es así que las sangrias , los eméticos , los repetidos y fuertes purgantes , los baños tanto frios como calientes , ya los de agua comun , ya los de agua del mar , las lavativas y otras inyecciones , las fricciones ya simples , ya las de aceyte comun ó compuesto , las escarificaciones , las ventosas , los sinapismos , las cantáridas , las bebidas frias , la misma agua del hielo , este mismo aplicado , la quina , el alcánfor , la serpentária de virgínia , la raíz de columbo , la de caribia , el opio , el vino , los acidos asi vegetales como los minerales , los alkalis , el mercurio tomado ya solo , ya con la jalapa y otros , ya aplicado al exterior , el antimonio , el *cápsicum canadense* ó pimienta de Cayena , la leche de la nuez del coco , el áro , el pelitre , la leche comun , el suero , los aceytes dulces , los étheres , tantos elixîres , y otras preparaciones indiscretas , en fin casi toda la materia médica se ha agotado haciendo ensayos de empirismo por ver si se hallaría un remedio contra un mal tan grave y tan destructor. Pero por desgracia quedamos todavia con el desconsuelo de que han salido sin efecto todas las empiricas tentativas : nos queda , pues , aun el trabajo de buscar el socorro para una necesidad tan perentoria.

Los mas de los Médicos asi en esta como en casi todas las enfermedades siguen el método na-

tural ó imitativo ; se glorían muchas veces de llamarse ministros de la Naturaleza, mas esto es una lisonja impropia para ellos que les induce ó á una desidia culpable, ó á un error funesto. Algunos por ignorancia, y otros por supersticion dexan todo el cuidado de la enfermedad baxo la direccion especiosa y amenu-do ilusoria de la Naturaleza. Este agente invisible que llaman *Naturaleza* es una expresion comun, pero indefinida hasta el dia, es de un lenguaje no entendido de la multitud. Se ha pensado que la Naturaleza perfeccionaba todas las funciones de la economía animal, que descubria la enfermedad como quien toca el tambor ó la campana del alarma, que ella misma rechazaba al enemigo, ó indicaba al Médico los medios de conseguirlo, de atacarlo, y vencerlo; mas esto es un error. La Naturaleza entendida de este modo es un abrigo de la ignorancia, es un apoyo de la desidia, y de la inaccion, es un efugio como el de las ocultas qualidades de los Aristotélicos.

Si observamos bien la marcha natural de la enfermedad, quando no ha tenido trabas de parte de un tratamiento vicioso, notarémos que ya desde sus principios se presenta mas ó menos grave, que va desarrollandose con mas ó menos rapidéz, que manifiesta mas ó menos resultados diferentes, aunque siempre dependientes de unas mismas causas. De aqui es que muchos se engañan considerandola ya mas ó menos simple y muy benigna, ya tambien mas complicada y mas maligna. Pero demos

que se noten sus verdaderos caractéres, y que vayan desarrollandose con una regularidad la mas constante. Muy amenudo se observa á la fin del primer estadio una tendencia hácia los sudores, los que se creen siempre saludables. Si estos no terminan la enfermedad completamente, sobreviene luego un carácter nuevo, la afeccion humoral, la diathesis biliosa, degenerada mas ó menos con tendencia á la putridéz; es esto lo que constituye el segundo estadio de la enfermedad, en este caso las evacuaciones por cámara y orina pueden servir de crise: hay todavia otro estadio que suele presentarse en el curso, donde no hay mas que confusion y desórden, energía vital casi consumida, fuerzas del todo perdidas, organismo destruído, putridéz suma y gangrenismo.

Atendiendo, pues, á la marcha que se ha dicho, ¿ como podrá el método natural ó *imitativo* oponerse á los progresos de un mal tan formidable? Si el desidioso contempla y espera el sudor á la fin del primer estadio, se arraygará hasta lo sumo un veneno tan pegadizo y destructor con tanta desidia y descuydo. Si amaneciendo el sudor, se le quiere secundar con remedios violentos é irritantes, ¿ que males podrán tenerse de semejante método! en una época en que ha empezado ya, ó va á iniciarse una irritacion temible en todo el sistema visceral, y en particular en el estómago, y en el higado. Y que dirémos sí, al presentarse la afeccion biliar, se echa mano indiscri-

minadamente de los eméticos, de los purgantes, que muchos prodigan casi siempre con notable detrimento de sus enfermos? De este modo se favorecen mas los movimientos morbíficos, y casi de comun acuerdo con el mismo mal se va á destruir y acabar con el paciente. Por último si en el estado de desorden, de confusion, de putridéz, y de gangrenismo se esperan los movimientos espontáneos, los avisos, las indicaciones de una Naturaleza, que casi ya no existe, ó que va pronto á perecer, ¿ que es lo que puede prometerse de tal método natural? : es forzoso confesar sus estrechos limites, y que su poder es casi de ningun valor para vencer una enfermedad, que resiste esfuerzos los mas prevenidos, y aun los mas superiores.

El único método general de curacion que puede tener lugar en el tratamiento de la fiebre amarilla es sin duda el *analítico*. Es este el solo y seguro camino, por donde corren sus progresos las ciencias todas, y por el mismo llegan ya muchas casi á su perfeccion. Las ventajas de este método para combatir la enfermedad de que tratamos, se darán facilmente á conocér, si atendemos á la variedad de elementos entre si muy diferentes en su naturaleza, y á la multitud de accidentes de complicacion, de que ella es susceptible. Ya que es contagiósá, extiende á veces su poderío en lugares diferentes, ataca en un mismo tiempo á diferentes individuos de todas edades, sexô, y profesion, predispuestos de diverso

modo para recibirla; reyna en estaciones diferentes, y pasa de un lugar á otro, adquiriendo siempre nuevas modificaciones que son dignas de atenderse, ya sean con relacion á su actividad contagiosa, ó á su intensidad, ó á la mas ó menos facilidad en la terminacion crítica de sus períodos. En estos se manifiestan siempre fenómenos muy diferentes, y casi entre si opuestos, aunque producidos de una misma causa elemental en su origen, y que modificandose cada dia en una misma constitucion, nos presenta escenas diversas, ya por sus mudanzas en el sitio, ya tambien por sus productos diferentes.

Seguiremos pues las ideas dadas, y arreglarémos nuestra curacion segun la carrera de la enfermedad.

En el primer estadio ó *invasion* de la fiebre amarilla, el sistema motriz y el sensitivo son principalmente los que padecen; espasmos de la superficie, calos-frios por consiguiente, movimientos pervertidos, el natural de divergencia convertido en convergencia, falta de liquidos en la periferia, retroceso de ellos y acumulacion hácia el centro, dolores, anxiedades, debilidad, suspension ó perturbacion en casi todas las funciones de la economía animal, mal equilibradas sus propiedades de sensibilidad, irritabilidad &c., y un desvío general es lo que se nota ya en esta primera escena de la enfermedad. Desde luego se dexan ver las indicaciones que deben formarse para la correccion de este primer período. Reintegrar el

sistema de nervios, y el de músculos en su natural estado, vindicarlos de la impresion morbifica del contagio, romper ó soltar los espasmos formados, reanimar los movimientos de divergencia, apartar del centro tanta carga de humores, y avocarlos hácia la superficie, restituir el órden perturbado de las funciones, y el equilibrio perdido de las propiedades del viviente, son otros tantos cuidados que han de completarse para prometerse un éxito feliz de la empresa.

Con miras semejantes podrá echarse mano de las bebidas thei-formes, tales como la infusion de la flor del saúco, de las amapolas, del mismo the, de la manzanilla, de las flores cordiales, de aguas aciduladas ya mas, ya menos con algunos de los acidos vegetáles segun la mayor ó menor necesidad ó de robar colórico, ó de oxigenar el sistema, y á proporcion del gusto del enfermo. Pueden igualmente tener lugar los pediluvios, los semicupios, los baños universales, mas ó menos templados: las fomentaciones, las fricciones ya simples, ó ya sean del mismo aceyte comun, ó medicamentoso, ó de algun espirituoso, sea el alcánfor, ú otros estimulantes de semejante casta.

Si urge la misma necesidad, pueden disponerse los sinapismos, las ventosas, los vesicatorios aplicados en diferentes puntos del cuerpo, pero solo como rubefacientes. Tendrán lugar en este mismo caso los étheres ya el sulphúrico, el acético, el nítrico, el

espíritu de Minderero ó acetate amoniaco, algunas dosis del alcanfór, ya solo con el azúcar, ó con el nitro, los polvos de *James*, los de *Dover*, ó ya una combinacion la mas prudente de los eméticos con los opiados, asi la ipecacuana con el opio mismo en combinacion con alguna de las sales neutras, ó con el azúcar, el vino emético con el laudano, pero en la cantidad y modo competentes pueden satisfacerse asi las miras del objeto que se ha dicho. Cada uno de los medios y todos reünidos han de dirigirse siempre con el fin de ordenar principalmente el organo cutáneo, soltar espasmos, abrir puertas al exterior, poner en fuga, y rechazar al enemigo, que campea divagando por la constitucion del paciente, y que en todo el trayecto de su ruta dexa señales funestas y estrágos; este mismo con una tendencia maligna procura y va minando hasta reunirse, y desplegar sus fuerzas en el mismo centro de la vida, desorganizar, destruir, y acabar del todo la artificiosa máquina del viviente.

Atendiendo siempre á que la causa de este mal es un hidro-carbon azootisado, ó sea, como otros quieren, un oxíde de azoé, de una índole la mas perversa y la mas destructora, que siendo un estímulo *sui generis*, sus productos son casi de la misma casta, y cuyos efectos son en general, el exceso de una hidrogenisacion, una azootisacion de mala especie, y un defecto, por con-

siguiente de oxigenacion; es preciso segun estos datos arreglar, no solo el plan medicamentoso, si que tambien el dietetico, asi de alimentos y bebidas, como del lugar de habitacion, atmósfera, y demas que conviene al enfermo. Se prescribiran, pues, solamente caldos de pollo, de ternera, cremas de arroz, substancia de pan &c., evitando siempre las substancias aceytosas, las de mucha gordura, y las que contengan mucho azoé, tales como las de los animales viejos, y todo lo demas que pueda favorecer la hidro-carbonisacion, y azootisacion morbificas de la constitucion; concediendo si todas las frutas bien recientes y sazonadas, las azucaradas, y demas substancias vegetales, que puedan contribuir mejor á oxigenar de algun modo el sistema del viviente que padece.

Con el mismo fin se proporcionará al paciente un lugar, que pueda bien ventilarse; igualmente se le hará respirar un ayre puro, y mas cargado de oxígeno que en el estado regular; se procurará mantener al enfermo la mayor parte del dia en una atmósfera bien cargada del gas acido muriático oxigenado, ó del nítrico, mediante las fumigaciones segun el metodo de *Morveau*, en el modo y proporcion que mas se adapten al paciente. Se le procurará al mismo tiempo hacerle desvanecer el terror, de que suele estar poseido, inspirandole siempre sentimientos de confianza en la curacion, y de que no tardará en salir de aquel apuro.

En el estado de *irritacion*, segundo de la enfermedad, que muchas veces sucede muy pronto al primero, se manifiesta ya el enemigo aquartelado, ó reconcentrado en algunos puntos, y á veces en órganos los mas esenciales á la vida. En este estado la irritacion especifica y peculiar del hígado, cambia su organismo natural, y desordena particularmente su accion secretoria, cuyo producto es una mayor cantidad de bilis depravada. Esta se hace otro estímulo morbifico excitando otras irritaciones de su genero, espasmos, desordenes y contracciones en todo el sistema de conductos biliferos. La misma en el estómago produce corrosiones, espasmos en sus vasos, detenciones de líquidos en ellos, distenciones, varices, rupciones, derramenes de sangre &c. La bilis depravada reabsorbida es un estímulo del sistema vascular, perturba el juego natural de los capilares, de los secretorios, de los excretorios, tiñe todo el ámbito del cuerpo, da color á todos los humores segregados, y expelidos &c.

Para cambiar ó commutar esta Trágica escena, han de formarse las siguientes indicaciones: calmar ó sofocar la irritacion aquella parcial ó local del hígado mas particularmente, permutarla, invertirla, ó reveler sus juegos, corregir ó moderar sus productos, y la serie de sus resultados, procurar la evacuacion de la bilis, y demas humores pervertidos, ya los detenidos en primeras vias, ya tambien los esparcidos contra el orden natu-

ral en la masa de la sangre, restableciendo todas las secreciones suspendidas, descomponer para componer mejor aquellas extrañas combinaciones morbificas, que no pudiendo eliminarse, servirian de otros tantos estímulos perturbadores del organismo animal. Si la irritacion primera no es mas que un efecto del exceso de hidro-carbonisacion, sino es mas que una preternatural azootisacion puesta en juego, si todas no son mas que un resultado de un hidro-carbon azootisado, ó de un oxíde de azoé, que ha desplegado su perversa energía, si el poder oxígenante en este caso es tan defectuoso, que apenas puede manifestarse; es claro que un metodo ó plan oxígenante será el único apoyo de la curacion en este período. Aqui, pues, tendrán lugar todas las preparaciones del nitro, aun mejor el mismo ácido nítrico puro, el sulfurico, el muriatico igualmente. y tambien el muriatico oxígenado, las mismas sales muriates, el calcareo, el de barite, el de potasa, el de potasa oxígenado, y el muriate de mercurio, &c. El vegigatorio aplicado en la misma parte podrá cambiar, invertir, ó reveler el juego de irritacion morbifica, por la simpatia que tienen los tegumentos comunes con las partes subyacentes: las lavativas compuestas de los mismos remedios oxígenantes dichos pueden ser muy provechosas en semejantes casos, los alimentos, el lugar y la atmósfera medicinal en que ha de estar el enfermo, todo ha de ser en los términos

que se han indicado en el tratamiento del primer estado ó de invasion.

El estado de *septicismo* es seguramente el que presenta un retrato del enfermo, el mas triste y espantoso; fisionomia la mas agena del estado natural, el color de la cara ó muy pálido ó de una amarillez obscura, párpados caídos, nariz afilada ó con ventanas dilatadas en extremo, energia vital casi consumida del todo, fuerzas musculares del todo abolidas, respiracion laboriosa, ya lenta y tarda, ya freqüente y parva, ya con suspiros, pulso débil, desordenado, irregular: el pecho y abdómen elevados, hipo, convulsiones, hemorragias por todas partes, manchas gangrenosas, evacuaciones sumamente hediondas, fenomenos en una palabra de un organismo destruido, y de una summa putridéz, ó de una disolucion de humores con redundancia de azoé, son los que se ofrecen al observador, y son sin reparo los de mayor necesidad.

Aunque pocos son los recursos del arte en casos semejantes, con todo no es de hombres abandonar la presa al enemigo que vence, se hace preciso dar la mano á la constitucion caída, avivar las pocas fuerzas, y excitar las que estan amortiguadas, sostener las ruínas del edificio, que va á deshacerse, impedir ó prolongar el último golpe de destruccion, enmendar lo que se pueda en el organismo destruído, detener los progresos de la pútrida disolucion, finalmente ser un socio

consolador del enfermo hasta lo último.

A este fin deberán disponerse los tónicos mas poderosos, los excitantes mas enérgicos, los cardiacos mas seguros, los anti-pútridos mas celebrados. Entre estos la mejor quina ya sola, ya con la serpentaria virginiana, ya tambien con los muriates arriba indicados. El vino con preferencia entre los cardiacos, ú otros licores y demas bebidas excitantes que mas á la mano se proporcionen, y mas se acomoden al gusto y estado peculiar del enfermo. Como en casos semejantes apenas puede el estómago recibir la quina, ni otros remedios de tal condicion; podrá aquella y tambien los demas prescribirse ó en lavativas repetidas, ó en fomentaciones, ó por medio de fricciones, segun el método iatronliptico, puesto tan en claro por el Ciudadano *Chrestien*. Podrán igualmente aplicarse y secundarse repetidas veces los vegigatorios, sinapismos y otros estimulantes al exterior, pero quitandoles á pocas horas de su aplicacion sin ánimo de ulcerar, y solo con el fin de levantar la constitucion caída, de reavivar el organismo suspendido, de espavilar el candil de la vida, cuya llama va por siempre á apagarse. Sobre todo el plan oxígeno ha de seguirse con el mayor rigor, y confianza, pues que los remedios oxígenantes mas enérgicos son los que pueden cumplir á satisfaccion todas las indicaciones que se ofrecen, y destruir de una vez la causa productriz de toda la Tragedia; sin que por ellos se corra algun riesgo, como sucede

á veces de otros remedios prescritos á los mismos fines.

Parece tal vez extraño el no haver contado en nuestro plan de curacion, ni las sangrias, ni los eméticos como tales, ni tampoco los purgantes. Yo sé que muchos Autores prácticos llenos de sinceridad y mérito, como son Moseley, Rush, Walker, Coffin, Ouviere, Miller, Kand, Jorge Monró, Selden, Whitefield, Kollock, Seaman, Barker, Waughan, y otros han recomendado las sangrias: mas sé tambien que Warren, Blane, Valentin, Gilbert, Clark, Hosack, y otros tienen aquellas mismas como perjudiciales en el mismo caso. El que considere los efectos indispensables de la sangria, como son la evacuacion y pérdida de un fluido esencialísimo á la vida, el quebranto de fuerzas, la exáltacion de la bilis, la tendencia de humores á la putridez, &c. podrá deliberar sobre el acierto entre opiniones tan contrarias. Mas aunque la práctica tiene sus reglas generales para la curacion de las diversas enfermedades; reconoce tambien muchas excepciones á estas reglas: se ofrecen cada dia casos particulares, en los que la prudencia del Médico ha de restringir ó modificar las máximas inconcusas de su arte.

Los eméticos y catárticos han sido muy amenudo los recursos de curacion en la fiebre amarilla. En el hospital militar de la Martinica la base de su tratamiento era un emetocatórtico preparado con el trartrite antimo-

niado de potasa y el maná. Los Doctores Huck y Pringle, para combatir la fiebre amarilla en las Indias Occidentales, aconsejaban los vómitivos ya desde sus principios, y en qualquiera época, si se habian despreciado aquellos en sus principios, disponian un emetocatórtico compuesto de media onza de tamarindos, dos onzas del maná, y dos granos del tartrite antimoniado de potasa. En Cadiz y Sevilla en 1800 fueron tambien empleados los eméticos y purgantes; pero casi siempre produxeron sus malos efectos, y por lo mismo quedaron abandonados. Si atendemos á la grande irritabilidad y sensibilidad que el estómago particularmente y todo el sistema visceral padecen en esta enfermedad; conocerémos con facilidad lo muy perjudicial que pueden ser así los eméticos como los purgantes y demas irritantes de aquellas vias. Si atendemos mas aquella serie de movimientos morbíficos, que forman un exceso de concentricidad ó convergencia, dirigiendo casi por un aflujo general los humores todos hácia las primeras vias; entenderémos igualmente como los eméticos y purgantes servirán no mas que como otros tantos obstáculos para la curacion. Adicto á estas ideas dixo bien el Dr. Roberto Jackson que puede evitarse la muerte, aun despues de haberse manifestado el vómito negro con todos los terrores que infunde, siempre que se encuentre un remedio eficaz para excitar la accion de los vasos sanguíneos capilares, y avocar

hácia la superficie, y el mismo dice que las tomas de agua y rhom han contenido aquel vómito. De donde es facil comprehender el porque se han temido tanto los eméticos y tambien los purgantes.

Aún en el tiempo de convalecencia es preciso continuar por largo tiempo los remedios que se han indicado. El estómago en este caso queda tan debilitado, que apenas es idoneo para celebrar, como es menester, una buena digestion: de donde proviene la mayor pesadéz despues de haber comido, los regüellos, los borborigmos y otros síntomas de gases desprendidos, ó de una flatulencia que molesta, el desórden en las evacuaciones de vientre, las vigiliass, sueños perturbados, desidia para el movimiento muscular, color de un pálido obscuro, secreciones de orina y de sudor un tanto transtornadas &c. Un plan ligeramente tonico es el que ha de continuarse por mucho tiempo, así la quina en pequeñas cantidades, ya sola, ya con el bálsamo del Perú, ó con una infusion vinosa, el elixír de vitriolo, ú otros semejantes: sobre todo ha de aconsejarse un moderado exercicio en un ayre libre luego que las circunstancias lo permitan, el paseo por lugares secos y despejados, ó por los montes, campos y jardines, que mas complazcan al paciente &c., los alimentos y bebidas han de seguirse en doses moderadas y repetidas, y siempre de aquellos que mas contribuyan al plan que hemos adaptado.

*HYGIENE PÚBLICA, Ó MEDICINA
preservativa general,
por J. Piguillem.*

Si se hubiese de tratar esta preciosa parte de la Medicina en aquellos dias mas felices que los nuestros en que tal qual vez se nos decia que el contagio de la peste ó el de la fiebre amarilla hacía estragos allá en Países muy remotos, cuya misma distancia parece podia infundirnos una seguridad absoluta; podria un Médico amigo de la humanidad aconsejar prevenciones muy útiles, y proponer excelentes medios preservativos, que sin duda chocarian por su novedad. Si: la Higiene pública si bien es ignorada y despreciada de la multitud, está muy adelantada, y tal vez toca ya á lo sumo de su perfeccion. Pero habiendo de hablar de ella en el dia en que por haberse entroducido la fiebre amarilla en nuestra España, la está practicando el Gobierno con tanta actividad como acierto, no me queda otro recurso que aplaudir y procurar se secunden las sábias operaciones de nuestro ilustrado Gobierno, que con indelible anhelo y ardor se ocupa de la sagrada causa de la salud pública.

Y si bien tiene la satisfaccion de saber que la fiebre amarilla no se engendra ni es propia de nuestro clima, y que no la padeceremos sino no nos la traen de afuera, esta mis-

ma confianza redobla su zelo y vigilancia para no dexar de practicar medio alguno que pueda contribuir á librarnos de tan terrible mal. Conoce muy bien quales son los conductores del contagio desolador, y las funestas resultas que han tenido siempre que la malicia, la ignorancia, ó la compasion les han franqueado el paso. Contra estos tres enemigos igualmente temibles dirige tiempo hace sus tiros el Gobierno. Á este fin se han establecido cordones de sanidad en toda la extension de las costas de mar, y de la frontera de tierra. Al mismo fin se dirige la estrecha obligacion que ha impuesto á todo viajante de traer boleta de Sanidad, las graves penas al que aloje gente desconocida, al que traiga ó compre géneros cuya procedencia se ignore, el rigor de las quarentenas &c.

Conoce bien á fondo la necesidad de establecer Lazarétos y Casas de observacion. Para llenar tan vastos como interesantes obgetos ha pedido el auxilio de los particulares de quienes se promete un cabal desempeño aunque sea á costa de algun sacrificio.

Sí: estamos en tiempo de hacer los mayores sacrificios, porque no se trata ya de hacer una empresa que pueda no ser necesaria, y que dexé que diga alguno allá en su interior no me acomoda, no quiero contribuir á ella. Es un asunto que á todos interesa igualmente, y todos debemos trabajar con el mayor teson en adelantarlo y perfeccionarlo. Mayormente quando la triste experiencia de quatro años conse-

cutivos nos hace ver que el contagio de la amarilla sabe, como todos los contagios, calmar y aun cesar por algun tiempo, aparentando quedar disipado, para reembestir á su tiempo con mayor fuerza y crueldad.

Es pues indispensable que todo lo providenciado hasta en el dia siga observándose con la misma puntualidad por mucho tiempo, sobre todo el cuidado en guardar las costas y fronteras, y el rigor con los barcos que vengan de Países infectados, y aun de aquellos en que acostumbra reynar la amarilla. No debe esta mirarse con menos horror que la peste, y por consiguiente deberían los barcos procedentes de dichos puestos sujetarse á las mismas leyes, que los que vienen de lugares sospechosos de peste. Bien que deberían arreglarse las quarentenas de modo que no se confundiesen los buenos con los malos. Estos deberían socorrerse con todos los medios posibles en un buen Lazareto; los que están buenos deberían colocarse en unas casas de observacion, en que estuviesen bien asistidos y totalmente seguros de que no cogieran alli el contagio, si no lo traían dentro si mismos, ó en sus vestidos. Para mayor seguridad sería muy del caso que dexasen sus vestidos al entrar en la casa, poniendose otros propios que hubiesen presentado de antemano para desinfectar, lo que se haría tambien con los que se habrían quitado, para volverlos á usar impunemente.

Este sería el gran medio de convertir en

verdaderos asilos de la humanidad los Lazaretos y Casas de observacion, que aunque tan necesarios, son mirados como Lugares de horror, y de suma infelicidad, motivos porque las gentes huyen de ellos, quando deberían mirarlos como á su principal refugio y su único fuerte de seguridad.

Quando toda la tripulacion de un barco sospechoso, ó realmente contagiado se ve abandonada á la suerte y expuesta á experimentar todos los rigores del contagio, ¿no bendeciría mil veces la mano benéfica que la conduxese en puesto seguro, en que con absoluta separacion de sanos y enfermos, pudiesen curarse estos y preservarse aquellos? ¿Para que obligar á infectarse y tal vez á morirse todos porque alguno de ellos está malo? Si alguno se escapa por tierra de un lugar infectado, ¿no preferirá mil veces el estar en observacion, que no en el hogar del contagio en que estaba, ó el que manteniendose errante y fúgitivo sea perseguido y mirado como bestia feróz? Son infinitos los bienes que de tales establecimientos sacarían aquellos infelices, y nosotros al paso que cumpliríamos aquella heróica virtud de socorrer á los desvalidos y necesitados, no faltaríamos al precepto natural de huir del peligro. Nada aventuraríamos en recibir con las debidas formalidades á los sospechosos ó contagiados. Buen testimonio de esto son los Lazarétos de Marsella y Malta, que se glorían de recibir á qualquier contagiado, bien seguros de que no padecerá menoscabo la salud pública.

Todo esto enseña la Hygiene pública, esta esencialísima parte de la Medicina, ignorada (tal vez sin culpa) de muchos que deberian saberla. Un estudio profundo de la Hygiene sería para lo sucesivo uno de los mejores preservativos del contagio, y de sus continuos estragos. Ella nos enseñaría todos los medios de evitar que el contagio nos viniese de afuera, todos los de limitarle, y sufocarle á los principios de su invasion, y aun de moderarle quando por desgracia hubiese infectado una Poblacion. Ello es cierto que los horrorosos estragos que ha hecho siempre el contagio se han debido en gran parte á la confusion que reyna entonces, porque ha venido de improviso y ha sorprendido á gentes desprevenidas. No se presentan sino obgetos de horror, escasean ó faltan hasta las cosas mas necesarias á la vida, y aun quando la actividad del Gobierno estimule ú obligue á traerlas, han pasado siempre algunos dias en los que el contagio ha echado las mas profundas raíces, El terror se apodera de todos, y todo es confusion y desórden.

Esta es la ocasion mas favorable para el contagio que con muchísima facilidad se introduce en los cuerpos ya enfermos por el terror, que es la mas fatal de todas las pasiones del ánimo, y hace unos rápidos progresos que no habría hecho, si hubiese encontrado las gentes prevenidas. Para impedir esos horrores del contagio dicta la Hygiene que un Pueblo amenazado se prevenga como

si realmente hubiese de sufrirlo. Aconseja en primer lugar hacer algun acopio de alimentos y demas cosas de primera necesidad, lo que sería el gran medio de desvanecer el terror, que casi podría llamarse el primer grado del contagio. Luego debería dividirse la Ciudad ó Pueblo en Cuarteles que tuviesen cada uno Magistrados, Eclesiásticos, Médicos, Cirujanos, Boticarios, y Diputados, que juntos y á solas velarían incesantemente sobre el estado de la salud de su Cuartel, y desterrarían las causas que pudiesen fomentar el contagio, si por desgracia comparecía. En este caso procurarían á sufocarle lo que se logra muy bien en sus principios. Lejos de seguir la práctica comun de no hablar de contagio por mas que exísta por no atemorizar, debería seguirse el consejo del sábio Mead que propuso se ofreciese un premio al que descubriese los primeros vestigios del contagio, que entonces es quando se puede absolutamente cortar.

La desgracia es que quando se declara, tiene ya una extension considerable, y ha tomado un fiero curso que no sin mucha dificultad se puede contener. Sucede casi siempre lo que en Filadelfia en Julio de 1802, en que á pesar de que hacía estragos la fiebre amarilla que habia traído un barco llegado del Cabo Francés, el temor y la ignorancia quisieron probar que aquella enfermedad era estacional, y no un contagio específico como habian declarado los doctores Cathrall y Currie. Alguna vez se ha visto estar ya tan extendi-

do el contagio que obligaba á que marchasen muchas gentes , y preguntadas por las de los Pueblos por donde pasaban que mal era aquel que tanto temian , respondian que eran las calenturas regulares de todos los años , que en este tomaban mas extension , y eran mas fuertes. ; Tanto horror se tiene al solo nombre de contagio ! Pero ¿ no sería muchísimo mas ventajoso que estando siempre alerta (y aunque fuese con algun sobresalto) nos librásemos del contagio , que no el que echados en una infundada y culpable seguridad nos viésemos sacrificados á su furor ?

Para remediar estos males acaba el Gobierno de publicar este cánon Médico-Político :
 „ Se aislará inmediatamente qualquiera casa ,
 „ barrio , ó pueblo en que un mal , sea el
 „ que fuere haya ido recorriendo toda ó la
 „ mayor parte de la familia , y produciendo
 „ dos ó tres muertos en pocos dias. Vigílese
 „ con suma actividad y estése en la mayor
 „ observacion , para executar lo mismo en ca-
 „ so necesario , con quanto en aquella época
 „ se hubiese rozado con la referida casa , bar-
 „ rio ó pueblo.“ y sigue : La experiencia ha acredita-
 do este cánon conservando sanos á los Pueblos que le han seguido , aunque rodeados por todas partes del contagio , y mediante él se corta toda duda , vacilacion y controversía entre los facultativos , y la inaccion en que suele estarse por esperar sus decisiones.

Dicta tambien la Hygiene que los Médicos se junten amenudo , que así divisarán luego

la mas mínima chispa del contagio de que deben inmediatamente dar parte al Gobierno , por trabajar de comun acuerdo en sufocarle. Este sería tambien el medio de instruírse mutuamente mejor , y con mas facilidad que no en particular en sus Gabinetes , porque como no todos están instruídos en los males contagiósos que nos son exóticos , ni tienen todos proporcion de tener las obras que los tratan , se les darian en las juntas instrucciones utilísimas , que les servirían mucho , y á mas se aclararían allí todas las dudas y dificultades que son demasiado freqüentes en tales tiempos.

Son indecibles las desgracias que prevenidos evitaríamos. La prevencion exíge sacrificios de parte de todos , y el que no quiera sacrificarla su dinero y sus servicios , se expone mucho á haber de hacer el sacrificio de la propia vida en manos del contagio. Porque ello es caso de pensar ¿ de que nos alimentaríamos si por desgracia nos comparecía el contagio ? ¿ Adonde encontraríamos tantas cosas necesarias ? ¿ Quien nos traería las que nos faltasen ? ¿ De que se pagarían aquellas gentes á quienes solamente el estímulo de una buena paga puede obligar á hacer unos servicios tan penosos como necesarios ? Y sobre todo ¿ de que se mantendrían los pobres , lo que si bien obliga en todo tiempo , en el del contagio es un obgeto de primera necesidad y el principal medio de contrarrestar el contagio , que lo primero se familiariza con ellos. Para acudir á

todas estas urgencias se necesita mucho caudal. De otra parte se exígen muchos servicios personales y cabalmente todos los empleos han de recaer en hombres íntegros, firmes y resueltos que obliguen por su presencia y autoridad á que todo lo ordenado tenga el mas puntual cumplimiento. Las órdenes son severas, pero justas é indispensables.

Solamente de lexos y con mucha madurez se puede acudir á tantas cosas que por fuerza han de faltar al Pueblo, que de improviso se véa asaltado del contagio. No dexará de presentársele como en un quadro todo lo que le falta y lo que convenia haber prevenido; pero esto mismo junto con la imposibilidad de conseguirlo no servirá mas que para aumentar su desórden y confusion, y por consiguiente para dar mas alas al contagio.

No nos cansemos: la prevencion es la grande áncora en que debemos afianzarnos, solo ella puede librarnos del contagio, así como en tiempos pasados libró á la Etruria de la cruel peste que asoló todo el resto de Italia: solo ella sabrá limitarle y sufocarle en sus principios si por desgracia comparecia, que así lo ha hecho varias veces y ultimamente en el Pueblo de nuestra España arriba citado: y ella sola podrá moderar sus estragos si llegase á dominar (no lo permita el Señor) en nuestros Pueblos; porque como no exístirían aquellos tantos motivos de terror, que regularmente trae consigo el contagio, y de otra parte tendríamos los menesteres, podriamos esperar

con mucho fundamento , que no experimentáramos la centésima parte de los estragos , que casi siempre ocasiona el contagio. Mayormente quando por el adelantamiento que han hecho las ciencias podemos oponerle unas fortísimas barreras de que no se podia echar mano en otro tiempo.

La Medicina posee una multitud de ricos conocimientos sobre la fiebre amarilla que no tenia , y esta es ya dias hace el blanco de las tareas y desvelos de sus Profesores. La Química ha desterrado mil preocupaciones que regían en este particular , y nos ha dado fáciles y seguros preservativos del contagio. Ella ha hecho ver la inutilidad y perjuicio de tantos medios que se creían preservativos del contagio , y particularmente de aquellas grandes hogueras que se encendian con el fin de purificar el ayre. Ha demostrado hasta la evidencia que no servian mas que para robar de la admosfera el oxígeno , aquella mejor parte del ayre atmosférico , que es precisamente la que nos mantiene ágiles y sanos , y que casi se podria llamar el único antídoto del contagio. Ella ha hecho revocar (que es mucho) aquella inviolable ley que mandaba quemar todos los muebles y utensilios de los contagiados , que eran los postres que habia de tragar el resto de la familia , que sobrevivia á las calamidades del contagio. ¡ Que horror ! ¡ Que lástima ! ¡ Que desperdicio ! ¡ Que miséria ! La Química ha hecho cesar tantos males ofreciéndonos medios muy fáciles con que desin-

fectar en breve qualquier edificio por mas infectado que sea, con que hacer servibles todas las ropas y utensilios sin haber de perder ni siquiera uno. Todos estos beneficios se logran con las fumigaciones de los gases ácidos minerales tan celebradas en estos dias.

No paran aqui las utilidades de las fumigaciones: con ellas se puede asistir á los enfermos con seguridad y sin temor. Con ellas se podrian tambien abreviar las quarentenas de las mercancías, que mientras no se desenvuelvan y fumiguen, ningun tiempo basta para declararlas libres del contagio, quando con estas fumigaciones quedan desinfectadas en tres ó quatro dias. Por el mismo medio se acortarian con mas razon las de las tripulaciones que mientras no tuviesen novedad en su salud, podrian dexarse libres luego con la sola precaucion de hacerles presentar los vestidos para desinfectar, ó á lo mas hacerles lavar con agua, vinagre. Es opinion muy recibida entre los sábios, que los hombres que vienen de lugares infectados, mientras que se presenten sanos, no pueden comunicar el contagio sino por sus ropas y vestidos y bien seguro de esto Chenot dexó escrito, que si se permitiese andar desnudos á los que salen buenos de lugares apestados, de ningun modo comunicarían la peste. Esta opinion merece toda la atencion del Gobierno, porque son incalculables las utilidades que resultarían de poder asi aligerar las quarentenas. (*) Los fardos podrian tam-

(*) En los estados unidos de América á propues-

bien desembarcarse y abrirse de modo que ni los que los manejan pillasen el contagio.

Se ha quëestionado por mucho tiempo si sería mejor enviar todos los enfermos á las Lazaréto, ó dexarles en sus casas. Esto último parece lo mejor si se atiende al horror que tienen las gentes de haber de salir de sus casas, y á la gran dificultad que hay de poder acomodar tantos enfermos como hay, en un mismo tiempo. Pero en este caso deberían observar las reglas que les dicta la Hygiene particular. También se ha mirado útil mandar una quarentena general, es decir, que nadie sino la gente necesaria salga de sus casas: con este medio se libraron millares de gentes en la peste de Moscow, y singularmente todo el hospital de los Huerfanos por direccion de su célebre Médico el Dr. Merténs. De aqui se puede inferir la necesidad que hay de privar las funciones públicas, y toda reunion de gentes.

Lo que á mi entender sería muy interesante es que el Gobierno de los Pueblos infectados noticiase amenudo al de los libres el estado de su situacion no solo en quanto á viveres, número de enfermos &c., sino tambien el resultado de todas sus operaciones y hasta el efecto de los remedios. De este modo los

ta del Doctor Mitchill van á substituir á las fumigaciones la alcalisacion, es decir, el medio de desinfectar con las sales alcalinas como con las lociones con lexiás &c., de que se prometen mucho mayores ventajas que de las fumigaciones.

libres se prevendrían con seguridad, y aquellos se verían socorridos.

Para ser bien socorridos es indispensable mantener en las campiñas y Pueblos inmediatos hombres inteligentes encargados de buscar las provisiones y hacerlas transportar á su destino. Estos serían sin duda axiliados muy particularmente por el Gobierno. Á cierta distancia del Pueblo habría de establecerse un mercado. Los vendedores y compradores deben quedar separados, por un corto espacio de terreno, en que unos depositarán, y otros irán á tomar las mercancías y géneros, sin tocarse mutuamente. Sabido es que es muy bueno pasar el dinero por el vinagre. Asi mismo debería el Gobierno tener prevenido muchas nodrizas y cabras para los niños que pierden sus Madres. Tambien debería haber en cada Quartel un mercado y á mas un almacén de sal comun, nitro y demas requisitos para las fumigaciones, vinagre, cal, &c. Tambien boticas abastecidas de toda especie de drogas &c., en las que sin deber rozarse se hallasen todos los menesteres. Los entierros tambien exígen mucha precaucion: se han de hacer sin ningun aparato exterior, en cementerios algo distantes de la poblacion, teniendo la mira de valerse de unas tenazas para manejar los cadáveres y de echarles cal encima. Los que se dedican á este heróico oficio no están mas expuestos, y puede que ni tanto, como los que asisten á los enfermos, pues que en el dia se cree con fundamento, que los cadá-

veres ó no comunican el contagio, ó alomenos no tan facilmente como se suponía. En cesando el contagio sería tal vez preciso mandar hacer una desinfeccion general, que bien dirigida sería de un bien infinito, y puede que sea el único medio de destruir el contagio.

Me alargaria demasiado si queria dar un detalle de todo lo relativo á la policia Médica en el tiempo del contagio, y sé que no lo desempeñaría con la dignidad que se merece. En caso que se ofrezcan á los Magistrados algunas dudas en asuntos de salud pública, les aconseja el immortal Foderé que consulten á Médicos hábiles (como así se ha hecho siempre en iguales circunstancias) quienes se las aclararán, y añadiendo á las decisiones de los Médicos las luces que les sugieran su propia instruccion, madurez y experiencia, obrarán con todo acierto en el cumplimiento de la suprema ley que es la salud de los pueblos. De este modo se adquiriran el título de verdaderos Médicos, título augusto y glorioso que tanto estimaron los Reyes de Egipto, despues de haberle bien merecido, por haberse afanado en procurar por todos medios la salud de sus vasallos.

HYGIENE, Ó MEDICINA PRESERVATIVA particular, por Lopez.

Ni la vigilancia de los Magistrados, ni las sábias precauciones del Gobierno pueden á veces impedir la introduccion del contagio. Todas

las leyes de prevencion quedan abolidas muchas veces, y se ven burladas. Quebranto de cordones, asalto de barreras, contrabandos imprevistos, y mil otros medios fraudulentos dan paso á una vívora cruel, que vomita veneno por todas partes, y causa destrozos los más formidables. La ignorancia y la nimia credulidad del pueblo hacen descuidar el peligro, y es mayor así el número de víctimas sacrificadas. En un incendio semejante, que va cundiendo y propagando sus llamas destructoras, son necesarios los recursos de todos y de cada uno en particular para quitar todo pábulo y apagar de una vez aquel fuego devastador. Es aqui donde las reglas de Hygiene particular han de desplegar su poderío y su vigor, y estas mismas son las que voy á prescribir.

No existe todavia una prophyláctica ó medicina preservativa invariable en sus cánones, en sus medios, ni tampoco siempre cierta en sus efectos. La experiencia así lo ha acreditado. Ello no obstante es preciso indicar las precauciones generales, á las que cada uno ha de recorrer para oponerse á la propagacion de la fiebre amarilla: las mismas podrian servir contra todas las demas enfermedades contagiosas. Estas precauciones se dirigirán siempre á prevenir el contagio, ya apartando los cuerpos sanos, todo lo posible, de la accion de los miasmas contagiosos, ya haciendo aquellos menos susceptibles del virus contagiante, ya procurando hacer mas difícil la penetracion, la fixacion y la accion de aquel azóte.

Entre los individuos de un pueblo contagiado unos por ser necesarios al servicio de la plaza han de permanecer constantes aun en el mayor rigor del contagio, y otros por ser simples moradores, indiferentes á dicho servicio, podrán ausentarse, pero sin perjuicio de sus hermanos, y en el modo y condicion que el gobierno dispondrá. De este modo ni faltarán tan pronto los víveres y géneros de primera necesidad, ni tampoco hallará el contagio tanto pábulo con que alimentarse, no habrá tanta confusion y desorden, no se derramarán tantas lágrimas, ni se oirán tantos lamentos, y podrá salvar sus vidas una porcion grande del género humano. De los que han de quedarse encerrados en la poblacion infestada unos por su ministerio han de sujetarse á una comunicacion inmediata del contagio; tales son los Médicos, Cirujanos, Boticarios, Enfermeros y demas asistentes: otros cuidando de otras necesidades de la República pueden alejarse algun tanto de los diferentes hogares de infeccion, tales son los Magistrados, los correos, los criados, los mercaderes, los horneros, los cocineros, y demas empleados por un sin número de necesidades comunes. Todos no obstante han de mancomunarse y socorrerse mutuamente, y todos respectivamente se modificarán segun las reglas generales de precaucion que voy á establecer.

La primera precaucion consiste en abstenerse de tener comunicacion con los enfermos, con sus lienzos y demas ropas de su uso, y con

todos aquellos que habrán tenido comercio con ellos. A este fin se evitarán bullicios, concursos de mucho gentío, funciones de iglesia, de teatro, de plazas, de mercados, de otras juntas: no se permitirán escuelas públicas, ni visitas, ni tertulias, ni otras asambleas en que puedan comunicarse unos á otros el contagio que llevan asido ó en sus vestidos, ó en sus mismos cuerpos. Del mismo modo se dexará la costumbre de darse las manos, quando por casualidad se encuentren, y en caso de hablarse han de separarse á la distancia que puedan, sin recibir el vaho ú aliento el uno del otro, ni tampoco la corriente del ayre que vaya de este á aquel, ni al contrario, pues si el contagio estaba metido en uno de los dos, pasaria tal vez de uno á otro, y los dos podrían perecer. Por el mismo motivo deberán matarse los perros, los gatos, y privar el paso á los ratones para cortar de raíz toda comunicacion con los efectos del contagio, y si quieren conservarse aquellos animales, se encerrarán en jaulas, como se practica en varias Ciudades de Levante.

Es preciso, pues, tomar todas las medidas y hacer las provisiones capaces para mantenerse con felicidad y aislados en sus barrios ó en sus mismas casas, sin tener que travar comercio con los sospechosos. Aun quando las comunicaciones necesarias hayan de efectuarse; ha de evitarse todo lo posible el contacto inmediato. Es menester no tomar cosa con la mano desnuda, y meter todo lo que se com-

pre, primero en un tonel de agua fria y vinagre, que á este fin deberá tenerse inmediato á la puerta principal de todas las casas, ó en agua hirviendo, ó purificándolo antes con los perfumes desinfectantes, ó dexándolo mucho tiempo al ayre libre, lo que tal qual vez es suficiente correctivo del contagio. En Turquía se contentan con mojar con agua todo lo que viene de afuera, y esta práctica parece bastar para preservar del contagio. En Moscow los Mercaderes exponian lo que querian vender en una puertecita, ó en una ventana: los compradores no tenian libertad de tocarlo, hecho el ajuste, el Mercader tomaba el dinero con un guante y lo echaba en vinagre. Los metales no obstante rara vez comunican la infeccion; pero los efectos de pieles, de lana, de seda, de algodón, de hilo, de papel &c. se impregnan muy facilmente del contagio, y es por esto que nunca pueden escusarse de las precauciones dadas.

Ya que el contagio no queda suspenso en la atmósfera, y que diluido en el ayre pierde del todo su actividad; no deben los moradores de un lugar inficionado sufrir un perpetuo encierro en sus casas, pueden salir á la calle y paseos, hablar con sus amigos y confidentes, pero siempre en el ayre libre y sin contacto, del modo que arriba se ha indicado. En Moscow quando querian salir á la calle se vestian de un sobretodo de encerado, regado con vinagre, luego que volvian á casa se quitaban este sobretodo, se zahumaban y lava-

ban con agua fresca. Tenian cuydado de no entrar en la casa de su vecino, ni dexar entrar á nadie en la suya, práctica la mas prudente y que nosotros deberíamos adaptar como necesaria é indispensable en el caso que tratamos. Solo añadiremos que nadie deberia dexar de traer consigo alguno de los frasquitos desinfectantes segun el método de *Morveau*, procurando de tanto en tanto rodearse de una atmósfera desinfectante, capaz en poco tiempo de neutralizar ó destruir los miasmas contagiosos, que puedan acercársenos. De este modo podrán los artesanos y todos los demas entregarse á sus ocupaciones ordinarias sin riesgo alguno, vender, comprar, y acudir á sus necesidades: de este modo ni la codicia, ni la indigencia tendrán lugar, ni tampoco faltarán los medios para acabar ultimamente con el enemigo que los va destrozando.

Quando empiezan ya á caer enfermos algunos de la propia casa donde habitamos, entonces es quando necesitamos la mayor presencia de espíritu, entonces es menester avivar los sentimientos de caridad y de religion, entonces el desinterés, el amor á la patria, y el de nuestros hermanos han de equiponderarse, y el que prevalezca ha de dirigir con firmeza todas nuestras resoluciones. En el tiempo mismo en que reyna el contagio, sobrevienen á veces enfermedades de distinto género, y si el enfermo de nuestra familia es por fortuna atacado de semejantes enfermedades, y no lo es del contagio, si este enfermo, digo,

de órden ó por consejo nuestro , es traído á un hospital comun , ó á un lazaréto de contagiados , ¿ no será aquel infelíz paciente una víctima que nosotros habrémos sacrificado ? El Padre , el hijo , el marido , la consorte , el hermano , ¿ como podrán consolarse de tales yerros , y desatinos ? Si al contrario el primer enfermo de la casa , es de los contagiados , y no es tratado como tal , ¿ que escena tan trágica va aqui á iniciarse ? Se encenderá luego una hóguera que consumirá y destruirá no solo toda la casa , si que todo el barrio , toda una poblacion , toda una provincia , hasta un reyno entero. Es necesario el mayor cuidado en casos semejantes , y de aquí depende nuestra felicidad , ó nuestra ruína.

Es una crueldad arrebatár los enfermos por fuerza de su familia , sobre todo quando hay muchos enfermos en una poblacion , por este medio tiránico se quita el único consuelo que queda á los desdichados , y se les reduce á la desesperacion. De aqui sucede que muchos ocultan la enfermedad y quedan privados de los remedios. Sería mas saludable el dexar á cada contagiado en su misma casa , quando tenga proporciones de asistirse en ella : aquí respiraría un ayre mas puro , tendría mas consuelo , y se curaría mas facilmente. En este caso se mandará poner una señal á la puerta de la casa , que prohibirá su entrada á los extranjeros. Tal vez nada sería mas provechoso para atajar los progresos del contagio , que , siguiendo el consejo de *Mead* , colocar todos los

enfermos baxo de tiendas de campaña, como se practica en la Moldavia. Dexando los enfermos en sus casas se desminuirá la desolacion general, el gobierno se ahorrará muchas dificultades, y no se propagará el contagio con el transporte y paso de los contagiados al lazareto, y su número será mas fácil de saberse. Se tendrá la atencion de subministrar á estas casas inficionadas todo lo necesario, pues sus habitantes no deben por pretexto alguno salir de ellas hasta despues de haber completado sus competentes quarentenas. Para evitar mejor la comunicacion del contagio se les pasarán todos los menesteres por medio de un canastillo y conductores de metal, pues este como se ha dicho no conduce el contagio.

Debe adoptarse, pues, la maxíma de formar un lazareto en cada casa de los contagiados, siempre que las circunstancias lo permitan. Este lazareto deberá establecerse en el piso y aposento de la casa que mejor pueda ser ventilado, aunque debe ser espacioso, no contendrá mas muebles que una cama, y una silla, de este modo será mas fácil el limpiarle y desinfectarle. Muy inmediato á este lazareto habrá otro aposento para los enfermeros, quienes á beneficio de las fumigaciones podrán entrar con libertad al quarto del enfermo: ha de haber tambien otro aposento donde se tendrán los vestidos á manera de túnicas ó de sobretodos de hule ó tela encerrada, habrá igualmente dos toneles ó cubas

con agua y vinagre, un hornillo, carbon, cazuelas para fumigaciones, utensilios para caldo, botellas para vino y medicinas &c. Toda esta habitacion deberá cerrarse con una especie de balustrada, que servirá de barrera para impedir la comunicacion ya con los restantes de la misma casa, ya tambien con los estraños que no sean menester. Y esto basta muchas veces para detener la propagacion del contagio, pues una linea sola de circumbalacion es bastante para limitarle y contenerle con seguridad, del mismo modo que se contiene un rebaño de carneros en un parque circunscrito.

La segunda precaucion se dirige á hacernos menos susceptibles del virus contagiante. La debilidad, la falta de limpieza y el terror son particularmente las circunstancias que hacen al hombre mas susceptible del contagio. Muchos decaen por un regimen austero, y poco nutritivo, así es que en los pobres casi siempre empieza y acaba el contagio: la destemplanza igualmente, y exceso en bebidas espirituosas por la embriaguéz y estupor que causan, dexan al cuerpo en un estado de debilidad, el exceso de los placeres de vénus, las fatigas grandes, las vigiliass prolongadas, y toda evacuacion considerable, por la debilidad que ocasionan, disponen siempre para recibir el contagio. En este estado son poco activos los movimientos de divergencia, se hallan aumentados los de convergencia, y el poder absorbente; y todo contribuye para que se introduz-

ea con facilidad el material contagiante. Debe, pues, prevenirse la carestía, y huír siempre de la hambre, comer y beber todo lo que agrade, y no apartarse jamas de aquel régimen que está ya familiarizado con el estómago en el estado natural. En Cadiz, Sevilla, y otros pueblos de Andalucía muchos dexaron el chocolate, el café, la carne, y otros alimentos por prevencion, y estos fueron igualmente acometidos del contagio. Algunos creen que los ácidos, y el régimen de los vegetales son verdaderos preservativos en estos casos, pero es un delirio que no debe apoyarse, solo debemos cuidar del recto uso y no del abuso de tales alimentos, y no dexar por ningun motivo la costumbre que tenemos, por no caer en la debilidad.

La limpieza ha de observarse hasta la supersticion como dice *Foderé*. Las casas deberán barrerse y regarse todos los dias, luego de levantarse por la mañana deberán abrirse todas las ventanas, balcones y demas aberturas, con el fin de que circule el ayre, corrija, ó se lleve los productos y miasmas contagiósos que podrán haberse acumulado por la noche. Se blanquearán á menudo las paredes con agua y cal, que es uno de los mejores correctivos. Hasta en las mismas cocinas se procurará la mayor limpieza, pues en estas por lo regular hay continuamente restos de vegetales que se pudren, quienes contribuyen no poco á avivar la accion del contagio: sería el mayor desconsuelo que en las ofici-

nas, donde se preparan los medios indispensables para nuestra subsistencia, se originasen nuestros males. La limpieza en nuestras mismas personas es la que mas particularmente ha de procurarse, así se mudarán ropas de porte y camisas bien amenudo, tendrán todos alomenos dos sobretodos encerados, uno para estar en casa, y otro para salir á la calle: este inmediatamente de bolver á casa se quitará y se echará en un tonel prevenido con agua y vinagre, y los deberán siempre exponer al ayre libre, y pasarlos por los perfumes ya destinádos á semejantes purificaciones; no debe permitirse el servicio de mantas, lienzos, colchones, el gergon, ni tampoco los tablones de la cama, que haya servido á algun contagiado, sin pasar primero por las coladas, ventilaciones y demas medios de purificacion. Se tendrá cuidado de lavarse cada uno cara y manos á lo menos una vez al dia con agua fresca y vinagre, y en caso de estar con sospechosos limpiarse boca y naríces con la misma agua y vinagre, y teniendo un pañuelo impregnado ó empapado de este mismo licor, particularmente quando se hable con alguno de los que pueden traérnos el contagio.

El *terror* y el contagio, dixo *Vanhelmont*, son la misma cosa. Gaubio duda si los medrosos son los únicos á quienes atacan las enfermedades epidémicas y contagiósas, y dice que estos están mas sugetos á ellas que los otros. Á Padres y amigos, de los que pade-

cen se comunican mas facilmente las enfermedades , que á quienes es indiferente la suerte de los enfermos. Mrs. *Didier* , *Chichoineau* , y *Vaylli* enviados á Marsella quando la peste hacía los mayores destrozos , probaron que uno de los medios mas seguros de resistir al contagio era no temerlo. Ellos se expusieron con un valor sin exemplar á continuos riesgos , entraban con la mayor actividad en la casa de todos los enfermos , estaban sin cesar rodeados de los vapores , que se levantaban de ellos , y sin embargo todos tres escaparon de los efectos perniciosos de esta plaga. Luego que la enfermedad está declarada , el miedo agrava siempre su riesgo , y sin embargo de presentar señales favorables sobreviene muchas veces una muerte inopinada. El terror casi siempre es el precursor del contagio , y es seguramente el que prepara mayor cosecha de enfermos. El que considera sus efectos en nuestra constitucion , y sobre todo el trastorno de funciones , la disminucion de movimientos divergentes , y el exceso de convergencia , ó de movimientos hácia al centro no admirará quanto se ha dicho. El terror no solo produce el mal en el que lo padece , sino que hace negar los socorros necesarios á los pobres infelices que enferman , quienes tal vez con los auxilios oportunos hubieran triunfado de una enfermedad , que los sacrifica sin defensa. Apártese pues para siempre este monstruo formidable , tranquilizense nuestros ánimos , y cumplamos todos con nuestras obliga-

ciones. De lo dicho puede entenderse , como puede ser útil alguna vez echar la voz en el pueblo de que la enfermedad no es contagiosa y el permitir que cada uno lleve consigo los amuletos ó defensivos de confianza, y se entiende igualmente como el evitar el terror es una de los mejores preservativos del contagio.

La tercera y última precaucion que nos hemos propuesto consiste en hacer mas difícil la penetracion , la fixacion y la accion del contagio. El calor , y la acumulacion de los miasmas contagiantes , son los que mas contribuyen á lo que está insinuado. *Samoelowitz* encarga por una precaucion general á todo Ciudadano , el evitar el calor en sus aposentos , y mantener en ellos un ayre fresco. Los cocineros , los plateros , en una palabra todos los menestrales que trabajan al fuego fueron los primeros , que sintieron los síntomas de la peste en Moscow. El calor de los baños semejantes á los que se prescriben en Rusia fué muy peligroso , sobre todo á los temperamentos sanguíneos , parece que todo lo que es capaz de abrir poros de la cutis , y de enrarecer la sangre favorece la penetracion del contagio. Tambien se notó en Moscow que la peste no habia hecho tantos destrozos en los cuarteles habitados por los Zurradores , lo que el Autor citado da como una prueba que el calor facilita tanto los progresos del contagio , como los retardan la acedia y la frescura. Yo sé que un calor moderado es siempre ne-

cesario para mantener la vida de todo animal; pero considerando los efectos de su exceso, lo tendré por sospechoso, y como tal el evitarle será otro de los preservativos del contagio.

Es una verdad sin réplica que quanto mayor será la acumulacion de los miasmas contagiantes, tanto mas será su accion aumentada. De aqui puede entenderse como la reunión de muchos manantiales juntos aumentarán y avivarán mas y mas la energía y la actividad del contagio. Las cárceles, los hospitales, los campamentos, los cuarteles, ú otros parages poco ventilados, donde suelen amontonarse los enfermos, formarán otras tantas hogueras, desde donde se despedirá un contagio mas vivo y mas desolador. Las causas del contagio son á veces muy simples y poco complicadas: la multitud de sus productos, multiplica sus sumas que son de un genio mas maligno y mas desolador. De aqui podrá entenderse la necesidad de separar los enfermos, y tambien los efectos que habrán dexado: aqui se presenta mas obvia la actividad de formarse cada uno un lazareto en su propia casa, siempre que las circunstancias de estado y condicion lo permitan. De lo indicado podria tal vez alguno mirar como inútiles los lazaretos comunes, y tenerlos en desprecio como lugares de horror y de desolacion; pero la gente pobre, desvalída, y descuydada pide un lugar de asilo, de amparo, y de consolacion: con estos fines casi

todos los gobiernos sábios los han erigido, y nosotros procuraremos secundar sus máximas, para poder contribuir en lo que pudiéremos al alivio de la humanidad afligida.

Otras precauciones deberían notarse ya por lo que es relativo á los diferentes climas, situacion de lugar, estacion del año, y variedades del tiempo; ya tambien por lo que mira á las diferencias individuales de cada particular: semejantes modificaciones deberán siempre consultarse con el Facultativo que se tenga de mayor confianza, y de mayores conocimientos en el particular.

factor los gobiernos de los paises amigos
 y no se preocupan de ayudar sus intereses
 y sus intereses de los paises amigos
 alivio de la humanidad afligida.
 Estas preocupaciones deberian ser
 lo que es relativo a los diferentes
 naciones de hoy, estado del mundo
 y el tiempo; ya tambien por la
 una a las diferentes individuos de cada
 pais, y tambien por la una a las
 naciones con el resultado de
 tener de mayor confianza y de mayor
 union en el mundo.

METODO DE DESINFECTAR.

Como los gases ácidos minerales son uno de los medios mas enérgicos para destruir el contagio de la Calentura amarilla, diremos algo sobre su uso, explicando las siguientes tablas, que manifiestan las proporciones de los ingredientes de dichos gases, con respeto á las salas que se quieran desinfectar.

FUMIGACIONES HECHAS CON EL GAS ÁCIDO-NÍTRICO.

El gas ácido-nítrico, como respirable se prefiere para los sitios habitados. Se logra descomponiendo el nitro, ó nitrato de potasa con el aceyte de vitriólo, ó ácido sulfúrico: estas dos substancias se echan en un vaso ó taza de tierra, que se pone sobre cenizas ó arena caliente; y revolviendolas con una varita de vidrio, ó de palo, (pero no de metal), se desprende el gas en forma de vapor blanco. El aparato se lleva por toda la sala para que se llene del vapor, y despues se dexa en un rincon, ó cerca de la cama del enfermo si lo hay, meneando la mezcla de rato en rato. Se aconseja abrir puertas y ventanas pasada media hora, (aunque no hay inconveniente en respirar dicho gas por mas tiempo), y repetir dos ó tres veces al dia la fumigacion donde haya enfermos. El calor de la arena debe ser tan moderado, que pueda tocarse sin incomodidad.

Salas de elevacion regular.	Nitro, ó Nitrato de potasa.		Aceyte de vitriólo ó Acido sulfúrico.		
	Varas quadradas.	Dragmas ó adarmes.	Granos.	Dragmas ó adarmes.	Granos.
20	1	"	1	"	"
25	1	15	1	"	15
30	1	30	1	"	30
40	2	"	2	"	"

FUMIGACIONES HECHAS CON EL GAS ÁCIDO-MURIÁTICO.

El gas ácido-muriático como mas ligero, es mas propio para los parages altos, como Iglesias, Almacenes &c. puede tambien respirarse sin daño con tal que la sala no se cargue demasiado de el; á cuyo efecto se echará poco á poco el ácido sulfúrico sobre la sal, ó muriato de sosa que son sus ingredientes, de los quales se desprende con el mismo proceder que se ha dicho del gas ácido-nítrico.

Salas de altura proporcionada.	Sal comun ó Muriáto de sosa.		Acido sulfúrico.		
	Varas quadradas.	Onzas.	Dragmas.	Onzas	Dragmas.
20	2	"	1	"	"
25	2	4	1	"	2
30	3	"	1	"	4
40	4	"	2	"	"

NOTA. La sal debe humedecerse con agua clara; y si la pieza que se desinfecta fuese inhabitada, se tendrá cerrada por tiempo de 12 ó 14 horas, procurando que estén bien estendidos los muebles ó efectos que se hayan de purificar. Se ha recomendado ultimamente el gas ácido-muriático-oxigenado, que como mas enérgico puede preferirse para los parages muy infectos, y como mas expansible para los muy elevados. Sus ingredientes son los del ácido-muriático, á que se añade el oxido negro de manganesa. Este gas se desprende sin necesidad de fuego, y sus ingredientes se pueden llevar mezclados en un frasco de cristal fuerte y bien tapado, acomodado en un sobre-frasco justo de madera firme, cerrado con su tapa de rosca. El gas que se desprende dentro del frasco se exála al abrirlo, y con este medio se logra, al entrar en sitios infectados, obtener una atmósfera desinfectante; á cuya ventaja se añade la de que cerrado el frasco al salir de los expresados sitios, dura su virtud por bastantes dias, á saber mientras que sale vapor.

En resumen: Las proporciones generales de los ingredientes de estos tres gases son:
 Para el gas ácido-nítrico, iguales partes en peso de nitro y de aceyte de vitriólo.
 Para el... muriático, una parte de sal, media de dicho aceyte, y el agua bastante para humedecer la sal.
 Para el... muriático-oxigenado, las del muriático simple, y una quarta parte de oxido-negro de manganesa.

Como los gases acidos...
deben ser...
con respecto a las sales que se producen

El gas ácido-nitrico...
se produce con el...
de las sales...
en la...
de las...
de las...

L. N. O.	Sales de Nitro-ácido-nitrico.
L. N. O.	Sales de Nitro-ácido-nitrico.
	10
	20
	30
	40

El gas ácido-nitrico...
se produce con el...
de las sales...
en la...
de las...

L. N. O.	Sales de Nitro-ácido-nitrico.
L. N. O.	Sales de Nitro-ácido-nitrico.
	10
	20
	30
	40



